SOBRE EL DOLOR

seguido de **La movilización total** y **Fuego y movimiento**

Ernst Jünger



Ernst Jünger

SOBRE EL DOLOR

seguido de

La movilización total
y Fuego y movimiento

Traducido del alemán
por Andrés Sánchez Pascual

Ensayo



Títulos originales: *Uber den Schmerz* (1934)
Die Totale Mobilmachung (1930)
Feuer und Bewegung (1930)

1.ª edición: octubre 1995

La traducción al castellano de esta obra ha sido subvencionada por Inter Nationes

Diseño de la colección y de la cubierta: BM

Tusquets Editores, S.A. - Iradier 24, bajos - 08017 Barcelona
ISBN: 84-7223-910-1
Depósito legal: B. 29.976-1995
Fotocomposición: Foinsa - Passatge Gaiolà, 13-15, 08013 Barcelona
Impreso sobre papel *Offset-F Crudo de Leizarán, S.A. - Guipúzcoa*
Libergraf, S.L. - Constitución, 19 - 08014 Barcelona
Impreso en España

ERNST JÜNGER

De este gran escritor alemán, inigualable testigo de nuestro siglo, figuran ya en nuestro catálogo las siguientes obras: *Tempestades de acero, El tirachinas,* los tres primeros volúmenes de *Radiaciones —Diarios de la segunda guerra mundial* (dos vols.) y *Pasados los setenta I—* (Andanzas 53, 55, 98/1, 98/2 y 98/3), así como *La emboscadura, El trabajador* y *La tijera* (Ensayo 1, 11 y 18). Sesenta años después de que Ernst Jünger publicara los tres textos fundamentales que el lector se dispone a leer, y ahora que cumple cien años, aparecen por primera vez traducidos a nuestro idioma y reunidos en un único volumen con un prólogo especial del autor en forma de carta a su traductor.

Indice

Carta-prólogo a la edición española

Querido amigo Sánchez Pascual:

Con los ensayos que ha traducido para este volumen se remonta usted mucho a la primera mitad de mi vida. Estos textos, que usted presenta en orden inverso al de su aparición, fueron dados a la estampa entre 1930 y 1934 en diversas publicaciones periódicas y reunidos con varios otros en el volumen titulado *Hojas y piedras;* este volumen fue desmembrado más tarde, desde puntos de vista temáticos, para mis Obras Completas y no ha vuelto a editarse como volumen separado.

Los tres tratados pertenecen a la época que hoy se me recrimina como Realismo Heroico. El más antiguo, *Fuego y movimiento,* procede todavía enteramente de mis experiencias en la primera guerra mundial, así como de los pensamientos que desarrollé durante mi colaboración en la Comisión de Reglamentos y, en general, durante el tiempo en que presté servicio en la *Reichswehr.*

La movilización total me ha acarreado hasta el día de hoy muchos reproches, especialmente después de la segunda guerra mundial, durante la cual se practicó ese principio en Alemania. De ambos

ensayos cabe decir que yo no escribí instrucciones de uso, sino que desarrollé unas teorías que, por cierto, casi al mismo tiempo estaba desarrollando en Francia el general De Gaulle. Tanto más cautivador resultó observar que casi siempre se ha reclamado la guerra total en los conflictos entre los Estados que desde entonces han librado tantas guerras. A la vista de esa experiencia, en la reimpresión de este escrito en mis *Obras completas* he suprimido, con el fin de exponer con pureza el asunto de principio, la segunda parte, que se refería a las circunstancias existentes en la Alemania de la posguerra, es decir, lo accidental.

Finalmente, *Sobre el dolor* ha de ser visto en conexión con *El trabajador,* obra que usted tradujo en 1990 y que sólo en los últimos años, al cabo de más de medio siglo, está agitando acá y allá tan rectamente los ánimos.

A todos los ensayos les es común la discusión con el progreso, en especial con la prepotencia de la técnica, la cual está avasallando nuestro siglo en todos los terrenos en una secuencia cada vez más rápida. En estos ensayos fue visto con anticipación, creo, algo que en aquel entonces nos fascinaba y que hoy más bien nos angustia.

Querido amigo, no es fácil la tarea que usted se ha impuesto, pero sé que la habrá resuelto de manera ejemplar.

Suyo,

Ernst Jünger
Wilflingen, agosto de 1995

Sobre el dolor
1934

Los cangrejos son, de todos los animales que sirven de alimento al ser humano, los que han de sufrir una muerte más horrenda, pues se los pone al fuego vivo en agua fría.

Kochbuch für Haushaltung aller Stände [Libro de cocina para el buen gobierno de la casa de todos los estamentos], Berlín, 1848

Does a little booby cry for any ache? The mother scolds him in this fashion: «What a coward to cry for a trifling pain! What will you do when your arm is cut off in battle? What when you are called upon to commit harakiri?».

[¿Pero es que un bobito va a llorar por cualquier dolor? La madre lo regañaría con estas palabras: «¡Qué cobarde, llorar por un dolor de nada! ¿Qué harás cuando en la batalla te corten un brazo? ¿Y qué, cuando hayas de hacerte el harakiri?»]

Inazo Notibé, *Bushido,* Tokio, 2560 (1900)

1

Hay algunos criterios grandes e inmutables en los cuales se hace patente el significado del ser humano. El *dolor* es uno de ellos; él es el examen más duro en esa cadena de exámenes que solemos llamar vida. De ahí que una consideración que se ocupe en el dolor sea desde luego impopular; mas no sólo resulta instructiva en sí misma, sino que a la vez ilumina una serie de cuestiones en que nosotros estamos ocupándonos ahora. El dolor es una de esas llaves con que abrimos las puertas no sólo de lo más íntimo, sino a la vez del mundo. Cuando nos acercamos a los puntos en que el ser humano se muestra a la altura del dolor o superior a él logramos acceder a las fuentes de que mana su poder y al secreto que se esconde tras su dominio. ¡Dime cuál es tu relación con el dolor y te diré quién eres!

Como criterio el dolor es inmutable; variable es, en cambio, el modo y manera como el ser humano se enfrenta a él. Con cada una de las mudanzas significativas que acontecen en su temple básico se modifica también la relación del ser humano con el dolor. Esa relación no está ya fijada

en modo alguno; antes bien, se sustrae a la consciencia, pero constituye la mejor piedra de toque para conocer una raza.* En nuestro tiempo cabe observar bien ese hecho, pues ya disponemos de una relación nueva y peculiar con el dolor, sin que todavía le estén dadas a nuestra vida unas normas absolutamente vinculantes.

Mediante esta consideración nuestra de esa relación nueva que ya existe con el dolor pretendemos alcanzar un punto elevado, un punto que nos permita mirar y efectuar mediciones y desde el cual acaso resulte posible divisar ciertas cosas que aún resultan invisibles cuando nos encontramos allá abajo en el llano. La cuestión que nos planteamos reza así: ¿Qué papel desempeña el dolor en esa raza nueva que cabalmente ahora está ofreciendo las primeras manifestaciones de su vida y que nosotros hemos llamado *el trabajador?*

Por lo que se refiere a la forma interna de esta investigación que ahora iniciamos, pretendemos obtener el efecto de un proyectil de espoleta retardada, y al lector que nos siga con atención le prometemos no tener miramientos con él.

* «Raza» es aquí sinónimo de «tipo» o de «trabajador» (entendido en el sentido de Jünger). El propio autor lo aclara varias veces en este escrito: véase, por ejemplo, el final del párrafo siguiente; así como las págs. 69, 78 y 80. Sobre el concepto de tipo puede verse la obra de Jünger *El trabajador* (Tusquets Editores, nº 11 de la colección Ensayo), págs. 88 y 110-111. *(N. del T.)*

2

¡Dirijamos nuestra mirada en primer lugar a la mecánica peculiar del dolor y a su economía! Es cierto que al escuchar juntas y relacionadas las palabras *dolor* y *mecánica* nuestros oídos se sienten escandalizados — se debe a que la persona singular se afana por relegar el dolor al reino del azar, a una zona eludible, de la que podemos escapar o por la que en todo caso no es necesario que seamos alcanzados.

Mas si aportamos la frialdad adecuada a la consideración de esta materia, es decir, la mirada propia del médico o también la del espectador que desde lo alto de las gradas del circo ve correr allá abajo la sangre de gladiadores extranjeros,* pronto tenemos la sensación de que el acoso del dolor es seguro e ineludible. Nada nos es más cierto y nada nos está más predestinado que cabalmente el dolor; se asemeja a un molino que con sus movimientos cada vez más finos y cada vez más hondos va apresando los granos que dan saltos, o bien a la sombra de la vida, a la que ningún contrato nos posibilita sustraernos.

* En su relato de 1939 *Sobre los acantilados de mármol* (capítulo 13) Jünger añade un matiz personal a lo que aquí acaba de decir. En un párrafo claramente autobiográfico y que sin duda alude también a este pasaje de *Sobre el dolor,* afirma: «Para escalar puestos en la Orden de los Jinetes de Púrpura no nos habrían faltado sin duda ni coraje ni talento; pero a nosotros se nos había negado el don de contemplar con desdén los padecimientos de las personas débiles y anónimas, como se contempla desde lo alto de los asientos senatoriales lo que ocurre en los circos». *(N. del T.)*

La ineludibilidad del acoso del dolor se pone de relieve con especial claridad cuando contemplamos vidas pequeñas, comprimidas en un breve espacio de tiempo. Así es como nos parece amenazado en proporciones inimaginables el insecto que va serpenteando a nuestros pies por entre las hierbas cual si fuera atravesando los árboles de una selva virgen. Su pequeño camino se asemeja a una ruta de espantos; un enorme arsenal de fauces y pinzas se halla expuesto a ambos lados de ella. Y, sin embargo, esa ruta constituye tan sólo un trasunto de la nuestra. Es cierto que en épocas de seguridad tendemos a olvidar eso, pero lo recordamos con gran nitidez tan pronto como se torna visible la zona de los elementos. Ahora bien, los hombres de hoy nos hallamos inmersos ineluctablemente en esa zona y no podemos sustraernos a ella por ninguna especie de ilusión óptica. A veces, sin embargo, banqueteamos y deambulamos sobre su superficie como banqueteaba y deambulaba Simbad el marino con sus compañeros sobre la espalda del gigantesco pez que él tenía por una isla.

El canto *Media in vita* brota de un temple que conoce esa amenaza. Parábolas magníficas del cerco y asedio a que el dolor somete a la vida las poseemos también en los grandes cuadros del Bosco, de Breughel y de Cranach; sólo hoy estamos acercándonos al sentido de esos cuadros que hasta no hace mucho tiempo teníamos por invenciones absurdas. Son cuadros mucho más moder-

nos de lo que creemos y no es casual que en ellos desempeñe la técnica un papel tan significativo. Muchos cuadros del Bosco se asemejan, con sus hogueras nocturnas y sus chimeneas infernales, a paisajes industriales en pleno funcionamiento, y el gran *Inferno* de Cranach que poseemos en Berlín contiene un completo repertorio de instrumentos técnicos. Uno de los motivos recurrentes es una tienda rodante de cuya abertura sale un cuchillo grande y reluciente. El aspecto de tales máquinas provoca un género especial de espanto: son símbolos de la agresión disfrazada de máquina, que es la agresión más fría e insaciable de todas.*

3

Una circunstancia que intensifica extraordinariamente el acoso del dolor es la nula atención que él presta a nuestros órdenes de valores. El emperador que, cuando le rogaron se retirase de la línea de fuego, respondió preguntando si alguna vez se había oído antes que un emperador

* Las obras de los tres pintores citados, especialmente las de El Bosco, han sido objeto constante de la contemplación y meditación de Jünger durante toda su vida. Análisis de cuadros del Bosco pueden verse en otras obras suyas; por ejemplo, en *Radiaciones I* (Tusquets Editores, nº 98/1 de la colección Andanzas), pág. 44, y en *Pasados los setenta I* (Tusquets Editores, nº 98/3 de la colección Andanzas), págs, 291-292. *(N. del T.)*

hubiese caído en la batalla, era víctima de uno de esos errores a los que tanto nos gusta entregarnos. No hay ninguna situación humana que tenga un seguro contra el dolor. Nuestros cuentos populares finalizan con una frase que dice que el héroe, tras superar muchos peligros, vive feliz y contento largos años, y nos agrada oír tales cosas, pues ya el mero enterarnos de la existencia de un lugar sustraído al dolor nos proporciona tranquilidad. A la vida le falta propiamente una conclusión satisfactoria y ese hecho tiene su expresión en el carácter fragmentario de la mayoría de las grandes novelas, las cuales, o bien están inacabadas, o bien son recubiertas con un cielo raso artificial. Por cierto que un cielo raso artificial de ese género es el que, cual techo de emergencia, clausura también el *Fausto*.

En tiempos tranquilos resulta fácil encubrir el hecho de que el dolor no reconoce nuestros valores. Pero cuando a un hombre feliz, rico o poderoso lo afecta uno de esos azares que son los más habituales de todos, empezamos a sentirnos desconcertados. Así es como provocó un sentimiento de asombro casi incrédulo la enfermedad de Federico III, fallecido de uno de esos cánceres de laringe que no es raro observar en los hospitales. Un sentimiento muy parecido nos sobrecoge cuando en la anatomía contemplamos un órgano salpicado de inclusiones malignas o perforado de manera indiscriminada, cuyo aspecto permite deducir la existencia de un prolongado calvario in-

dividual. Qué indiferente le resulta al germen patógeno destruir una brizna de paja o un cerebro genial. A ese sentimiento se refieren estos burlescos pero significativos versos de Shakespeare, que en su versión alemana dicen así:

Der grosse Cäsar, Lehm geworden,
Verstopft ein Loch im hohen Norden.

[El gran César, convertido en cieno,
En el lejano norte tapa un agujero.]*

Y Schiller desarrolla con amplitud en su escrito *Spaziergang unter den Linden* [Paseo bajo los tilos] el pensamiento que subyace a ese sentimiento.

El carácter indiscriminado de la amenaza se torna significativamente más visible en tiempos que solemos calificar de insólitos. En la guerra, cuando las balas pasan silbando a gran velocidad junto a nuestro cuerpo, sentimos bien que ningún grado de inteligencia, virtud o coraje es lo bastante fuerte para apartarlas, aunque sólo sea un pelo, de nosotros. A medida que aumenta la amenaza nos invade también la duda de la validez de nuestros valores. El espíritu se inclina a una concepción catastrofista de las cosas en los sitios donde ve que todo se encuentra en entredicho.

* Los versos son de *Hamlet* (V,1) y su texto inglés es el siguiente: *Imperious Caesar, dead and turned to clay, / Might stop a hole to keep the wind away. (N. del T.)*

Una de las eternas cuestiones disputadas es la gran controversia entre vulcanistas y neptunistas — al siglo pasado, en el cual predominaron las ideas evolucionistas, cabe calificarlo de edad neptuniana, mientras que los hombres de hoy nos inclinamos crecientemente por la concepción vulcaniana.

Donde mejor cabe conocer semejante inclinación es en las predilecciones especiales del espíritu; una de ellas es, por ejemplo, la tendencia al catastrofismo, que no sólo ha conquistado amplias áreas de la ciencia, sino que explica también la fuerza de atracción poseída por numerosas sectas. Están acumulándose las visiones apocalípticas; y así tenemos que la consideración histórica empieza a investigar las posibilidades de la catástrofe completa, la cual se produciría, o bien desde dentro, por enfermedades mortales de la cultura, o bien desde fuera, por la agresión de fuerzas lo más ajenas e inmisericordes posible, como, por ejemplo, las razas «de color». En conexión con eso el espíritu se siente atraído por la imagen de imperios poderosos que sucumbieron cuando se hallaban en pleno florecimiento. La fulminante destrucción de las culturas suramericanas se impone de ese modo como un ejemplo de que ni siquiera a las más grandes culturas conocidas por nosotros les está otorgada la seguridad de llegar a término. En tales tiempos vuelve a destacar también el recuerdo primordial de la Atlántida hundida. La arqueología es con toda propiedad

una ciencia consagrada al dolor; ella barrunta que en los diversos estratos geológicos yacen imperios y más imperios de los que hasta el nombre se ha perdido. En tales sitios nos sobrecoge una aflicción extraordinaria, que quizás en ninguna otra narración del mundo se halle descrita de modo más penetrante que en el cuento lleno de poderío y misterio de la Ciudad de Latón.* En esa ciudad muerta y rodeada de desiertos el emir Musa lee en una placa de acero chino estas palabras: «Yo poseí cuatro mil corceles bayos y un palacio soberbio y tuve por mujeres mil hijas de reyes, doncellas semejantes a lunas, de senos altos; fui bendecido con mil hijos parecidos a fieros leones y viví contento de alma y de corazón mil años; y amontoné tesoros como no los poseían todos los reyes de todas las regiones de la Tierra, pues creía que las delicias permanecerían a mi lado. Pero sobre mí cayó imprevistamente el aniquilador de todas las delicias, el separador de toda comunidad, el devastador de las ciudades, el saqueador de los lugares habitados, el asesino tanto de los grandes como de los pequeños, de los niños de pecho, de los hijos, de las madres — él, que no tiene misericordia de los pobres en razón de su pobreza y que no teme al rey por mucho que éste dé órdenes e imparta prohibiciones. En verdad nosotros

* Lector asiduo de *Las mil y una noches* desde su infancia, Jünger se ha sentido fascinado siempre por el cuento de la Ciudad de Latón. Lo menciona en varias de sus obras; por ejemplo, en *Radiaciones I*, pág. 275, en *Radiaciones II* (Tusquets Editores, nº 98/2 de la colección Andanzas), pág. 208, y en *Pasados los setenta I*, pág. 308. *(N. del T.)*

estuvimos viviendo seguros y bien aposentados en este palacio hasta que nos llegó el juicio». Además, en una mesa de ónice amarillo se hallan grabadas estas otras palabras: «En esta mesa han comido mil reyes que eran ciegos del ojo derecho y mil reyes que eran ciegos del ojo izquierdo y otros mil que veían con los dos ojos, y todos se han ido de este mundo y han establecido su morada en los sepulcros y en las catacumbas».

Con la consideración pesimista de la historia compite la astronomía, que proyecta en espacios planetarios el aspecto de la destrucción. El interés que despierta en nosotros la noticia de que en el planeta Júpiter existe una «mancha roja» resulta sorprendente. También los ojos del conocimiento quedan obnubilados por nuestros deseos y miedos más secretos; donde mejor se ve eso dentro de las ciencias es en el carácter sectario que de repente adquiere una de sus ramas, como, por ejemplo, la «teoría de las glaciaciones». Sintomática es asimismo la atención que precisamente en los últimos años han suscitado los grandes cráteres que, a lo que parece, causó en la corteza terrestre el impacto de esos proyectiles que son los meteoritos.

Finalmente, también la guerra, que desde siempre fue un componente de las visiones apocalípticas, está brindándole abundante alimento a la imaginación. Ya antes de la guerra mundial*

* En los tres escritos de Jünger reunidos en este volumen, que fue-

fueron muy populares las descripciones de confrontaciones futuras; también hoy vuelven a formar tales descripciones una literatura amplísima. Lo peculiar de esa literatura es el papel que en ella desempeña la destrucción total; el ser humano está familiarizándose con la visión de futuros campos de ruinas en los que celebra sus triunfos una muerte mecánica cuyo dominio no conoce límites. Las efectivas medidas preventivas que ya están en plena marcha nos hacen darnos cuenta de que aquí se trata de algo más que de mera literatura. Así es como la protección contra los gases que hoy se prepara en todos los países civilizados del mundo está recubriendo la vida con un oscuro sentimiento de amenaza parecido a una nube. En su relato de la peste de Londres, un texto que merece leerse, describe Defoe cómo antes de la auténtica difusión de la «muerte negra» se desparrama sobre la ciudad, cual vanguardia del soplo infernal, y junto a los famosos «médicos de la peste», toda una tropa de magos, curanderos, profetas, sectarios y estadísticos. Son situaciones que se repiten una y otra vez, pues la vista del dolor, realidad a la que no cabe escapar y que resulta inaccesible a los órdenes de valores del ser humano, hace que los ojos de éste anden acechando lugares en que existan protección y seguridad. Al crecer el sentimiento de que el ámbito

ron publicados por vez primera entre 1930 y 1934, la recurrente expresión «guerra mundial» significa siempre, como es obvio, «primera» guerra mundial. *(N. del T.)*

vital en su conjunto se halla cuestionado y amenazado crece también la necesidad sentida por el hombre de volverse hacia una dimensión que lo sustraiga al dominio ilimitado del dolor y a su vigencia universal.

4

Esa necesidad que sentimos causa un efecto tanto más extraño cuando la comparamos con las esperanzas abrigadas por una edad en que había una gran seguridad y cuyas valoraciones aún nos resultan enteramente corrientes a nosotros. El «último hombre», profetizado por Nietzsche, es ya historia pasada; y si bien aún no hemos llegado al año 2000, parece cierto, sin embargo, que ese año ofrecerá un aspecto por completo diferente del que describió Bellamy en su utopía.* La situación en que nosotros nos encontramos es la de unos caminantes que han estado marchando durante largo tiempo sobre un lago helado cuya superficie comienza ahora a cuartearse en gran-

* La hoy olvidada novela utópica del escritor norteamericano Edward Bellamy (1850-1898) *Looking barckward* [Mirando hacia atrás, pero traducida a casi todos los idiomas con el título de *El año 2000*] fue publicada en 1888 y gozó en su tiempo de enorme popularidad. Leída en todo el mundo, dio origen a los «Bellamy Clubs» y se convirtió en el programa del partido nacionalista norteamericano. Algunas de sus ideas fueron aplicadas en Rusia después de la revolución de 1917. *(N. del T.)*

des témpanos debido a un cambio de temperatura. La superficie de los conceptos generales está empezando a resquebrajarse y la profundidad del elemento, que siempre estuvo ahí presente, trasparece oscuramente por las grietas y juntas.

En una situación como ésa pierde su fuerza de atracción la concepción de que el dolor es un prejuicio que la razón puede rebatir de manera decisiva. Tal concepción no es sólo una característica cierta de todas las fuerzas relacionadas con la Ilustración, sino que ha provocado una larga serie de medidas prácticas, típicas de todo un siglo del espíritu humano; mencionemos, por nombrar algunas, la abolición de la tortura y de la trata de esclavos, la invención del pararrayos, la vacuna antivariólica, la anestesia, los seguros y todo un mundo de confort técnico y político. Los hombres de hoy seguimos prestando nuestro reconocimiento a todos esos grandes datos del progreso y cuando nos burlamos de ellos lo hacemos por un dandismo romántico en que le gusta complacerse al espíritu refinado en medio de una situación democrática sin orillas. A ese reconocimiento nuestro le falta ya, sin embargo, aquel dejo notablemente cultual que nos resulta corriente por haberlo visto todavía en nuestros padres. Nacidos en pleno y obvio disfrute de todas esas bendiciones, a nosotros más bien nos parece que las *modificaciones* producidas por ellas son en el fondo escasas.

La negación del dolor como componente ne-

cesario del mundo ha tenido un tardío florecimiento en la posguerra. Son ésos unos años que se señalan por una extraña mezcla de barbarie y humanitarismo; se parecen a un archipiélago en el que los islotes de los vegetarianos estuvieran situados al lado mismo de las islas de los antropófagos. Un pacifismo extremo al lado de un incremento monstruoso de los equipamientos bélicos; cárceles de lujo al lado de los barrios de los parados; la abolición de la pena de muerte mientras por las noches se cortan el cuello los blancos y los rojos — cosas todas ellas que parecen propias de fábulas y que reflejan un mundo lleno de maldad en el que el barniz de la seguridad se ha mantenido únicamente en una serie de vestíbulos de hotel.

5

El recuerdo del siglo XIX ha producido ya toda una literatura tardorromántica. La nostalgia que hoy va ligada a la Francia de Napoleón III y de la Tercera República, a la vieja Austria, a la Alemania guillermina, a la era victoriana y a la vida de los blancos en las colonias es la misma que en otro tiempo fue ligada a la época anterior a 1789, de la que Talleyrand dijo que nadie nacido con posterioridad a ella sabía qué significaba vivir.

La mencionada nostalgia parece justificada si tomamos como criterio la libertad personal y el grado en que se mantiene alejado de la persona singular el dolor. Es efectivamente extraordinario el grado de seguridad que existe en el siglo XIX, lo cual se debe a una coincidencia de circunstancias afortunadas. Una de ellas es el hecho de que, concluidas mucho tiempo atrás las disputas por cuestiones de fe, también los nuevos Estados nacionales se encuentran en un estado de relativa saturación, que garantiza el mantenimiento del equilibrio. También la política interior se señala, una vez convertida en una obviedad la victoria del «tercer estado», por un alto grado de previsibilidad; tanto los antiguos estamentos como las clases ascendentes reconocen las reglas de juego de la burguesía. A la aniquilación de todos los prejuicios capaces de causar dolor añade el progreso la conquista del globo terráqueo sin utilizar pólvora; es una conquista que, cual si fuera un imán, impone a los países más lejanos la obligación de pagar tributos.

Esa extendida situación de seguridad, que a Dostoievski se le hizo patente de manera fulminante en su breve visita a París, emite en grandes cantidades bonos de felicidad como quien emite acciones bancarias. La transformación de las realidades en conceptos generales —la transformación, por ejemplo, de los bienes en dinero o de los vínculos naturales en vínculos jurídicos— produce una ligereza extraordinaria y una asimismo

extraordinaria libertad de movimiento de la vida. El hecho de que en ese siglo aún no se hayan perdido del todo ni el tacto ni la capacidad de goce estético acrecienta la mencionada ligereza. Y, a la inversa, el decrecimiento de la potencia generativa produce una especial sensibilidad para los valores tradicionales; la tercera generación burguesa es una generación de coleccionistas, conocedores, historiadores y viajeros. El amor individual ha alcanzado una situación que en cierta medida sobrepasa incluso la existente en *Les liaisons dangereuses*, pues aún se mantiene la capacidad de goce, mientras que ya han sido abatidas sus barreras. Está de más ese desenlace trágico que aparece en *Pablo y Virginia* o en el *Werther* o todavía incluso en *Madame Bovary* — Maupassant es el narrador clásico de la relación amorosa tardoburguesa. Ya hoy sentimos, al leer tales descripciones, que para nosotros se ha perdido en gran medida el encanto que poseyeron aquellos tapamientos y destapamientos íntimos, y la mera visión de una película cuya acción transcurra a finales del siglo pasado o comienzos de éste, con sus modas femeninas cortadas a la medida del goce y no del deporte o del trabajo, nos sumerge en un estado de ensoñación histórica.

Un signo de prosperidad es asimismo la *extensión* de la participación en los goces y bienes. Simbólicos en tal aspecto son quizás ante todo los grandes Cafés, en cuyos salones se gusta de repetir los estilos del Rococó, el *Empire* y el *Bieder-*

meier; de esos grandes Cafés puede decirse que constituyen los auténticos palacios de la democracia. El bienestar que en ellos se nota es un bienestar onírico, indoloro, extrañamente relajado, que llena el aire como un narcótico. En las calles llama la atención el hecho siguiente: las masas populares van vestidas ciertamente sin gusto, pero de manera uniforme y «decente». Sólo raras veces se ofrece al desnudo y sin disimulos la visión de la pobreza. La persona singular encuentra ante sí múltiples comodidades —por ejemplo, el camino allanado a la cultura y a la elección de una profesión que corresponda a sus propias inclinaciones, o el mercado de trabajo abierto, o el carácter contractual de casi todos los vínculos, o la ilimitada libertad de movimiento— que impiden la posibilidad de fricciones. A lo anterior se añade que el fabuloso perfeccionamiento de los medios técnicos aún posee un puro carácter de confort — son cosas que parecen hechas únicamente, *todas* ellas, para proporcionar luz, calor, movimiento, diversión, y para aportar ríos de oro.

La profecía del «último hombre» se ha cumplido con rapidez. Es una profecía exacta — excepto en una sola frase, la que dice que el «último hombre» es el que más tiempo vive. La edad del «último hombre» queda ya a nuestras espaldas.

6

No hay, sin embargo, exigencias más ciertas que las que el dolor hace a la vida. En los sitios donde se ahorra en dolor el equilibrio se restablece de conformidad con las leyes de una economía enteramente precisa; y puede decirse, introduciendo una pequeña variación en una conocida frase, que existe una «astucia del dolor» que alcanza sus objetivos por todas las vías. De ahí que, al ver ante nuestros ojos una situación de amplio bienestar, nos sea lícito preguntar sin más dónde se halla el sitio en que se soportan las cargas. Por lo regular no habremos de ir muy lejos para descubrir la pista del dolor; así es como encontramos que tampoco aquí, en pleno disfrute de la seguridad, se halla completamente liberada del dolor la persona singular. La sofocación artificial de las fuerzas elementales es capaz de impedir ciertamente las fricciones groseras y de despejar las zonas de sombra muy densa, pero no la luz difusa con que el dolor comienza a llenar a cambio de eso el espacio. El recipiente que permanece cerrado a la corriente que afluye caudalosa va siendo llenado gota a gota. Así, el aburrimiento no es otra cosa que la disolución del dolor en el tiempo.

Otra forma de esa influencia invisible se manifiesta en el sentimiento de que estamos envenenados. Así es como el dolor anímico constituye

una de las especies inferiores del dolor;* es una de las enfermedades generadas por la omisión del sacrificio. De ahí que acaso no haya nada más sintomático de la época de finales del siglo pasado y comienzos del presente que el dominio ejercido por la psicología, ciencia relacionada de la manera más íntima con el dolor, como lo muestra también, consecuentemente, el hecho de su penetración en la medicina. De esa esfera forma parte asimismo una atmósfera de sorda desconfianza — : el sentimiento de que unas maquinaciones malvadas están produciendo en nosotros una descomposición tanto de nuestros recursos económicos, espirituales y morales, como también de los raciales. Ese sentimiento aboca a un estado de inculpación general — a una literatura de ciegos que andan buscando incesantemente responsables.

De modo aún más terrible nos sale al paso el dolor en aquellos sitios donde alcanza las fuentes de la *procreación*. No encontramos entonces ninguna fuerza significativa que no sucumba a la falta de aire para respirar — hay una conexión directa entre la altura del rango y la profundidad del dolor. Aquí resultan sospechosos todos los contentos, pues nadie que posea una relación con la realidad puede estar contento bajo el dominio

* Eso es así por cuanto una de las características del dolor es que afecta a la realidad en toda su extensión. De ahí que, en una terminología en que «alma» y «realidad» son sinónimos, exista *únicamente* el dolor anímico; es lo que dice san Agustín: «Sentir dolor es privativo del alma, no del cuerpo» *(La ciudad de Dios,* XXI, 3). *(N. del A.)*

de los conceptos generales. De ahí que no pueda sorprender que en este tiempo se vea el genio —es decir: la posesión de la salud suprema— como una de las formas de la demencia, de igual manera que se describe el nacimiento como un caso de enfermedad o que ya no se es capaz de distinguir entre el soldado y el carnicero. Quien considere la tortura una institución propia de la Edad Media pronto será convencido de lo contrario si profundiza en el *Ecce homo* de Nietzsche o en las cartas de Baudelaire o en alguno de los otros documentos de horrores que han llegado hasta nosotros en gran número. En el mundo repleto de valoraciones inferiores los pesos que aplastan toda forma de grandeza son pesos más terribles que de plomo, y acaso sean Kaspar Hauser y Dreyfus quienes simbolicen la zona extrema del dolor hasta la que puede penetrar la mirada obtusa. En el dolor de la persona singular significativa es donde se refleja de manera más penetrante la traición que el espíritu comete contra la ley de la vida. Eso rige también para los estados significativos en general, como, por ejemplo, el de juventud; en su poesía «A los consejeros listos» se lamenta Hölderlin de que la juventud se vea arrancada de su «ardiente elemento».

Al considerar la penetración del dolor en la esfera de la procreación no nos es lícito olvidar tampoco la agresión a los no nacidos; es una agresión peculiar del carácter débil y a la vez bestial del «último hombre». Desde luego un espíritu

cuya falta de discernimiento se revela en que confunde la guerra con el asesinato, o el crimen con la enfermedad, elegirá necesariamente en la lucha por el espacio vital *el* modo menos peligroso y más deplorable de matar. En una situación dominada por leguleyos los únicos sufrimientos que llegan a los oídos son los de los acusadores, pero no los de los indefensos y silenciosos.

La naturaleza de esa seguridad estriba, por tanto, en que el dolor es empujado a la periferia, en provecho de un mediano bienestar. Junto a esa economía espacial existe además una economía temporal; consiste en que la suma de dolor no reclamado se acumula para formar un capital invisible que va aumentando con los intereses y con los intereses de los intereses. La amenaza aumenta con cada una de las artificiosas elevaciones del dique que separa al ser humano de las fuerzas elementales.

7

¿Qué significa, pues, hablando propiamente, ese aumento de la sentimentalidad que cabe observar desde hace más de ciento cincuenta años? En vano intentamos situarnos en un mundo en que a sus diecisiete años podía Orígenes instar a su padre encarcelado a que no desistiese, por con-

sideración a su familia, del martirio, o en el que uno de los espectáculos habituales cuando era tomada al asalto una fortaleza germánica de carros era que las mujeres matasen primero a sus hijos y luego se matasen a sí mismas.

Noticias como ésas nos hacen ver con claridad que la valoración del dolor no es la misma en todos los tiempos. Existen evidentemente actitudes que capacitan al ser humano para distanciarse mucho de las esferas donde el dolor manda como dueño absoluto. Semejante apartamiento se manifiesta en que el ser humano es capaz de tratar el cuerpo —es decir, el espacio mediante el cual participa en el dolor— como un objeto. Ese procedimiento presupone ciertamente la existencia de un puesto de mando situado a una altura tal que desde ella el cuerpo es considerado como un puesto avanzado que el ser humano es capaz de lanzar al combate y sacrificar desde gran distancia. Todas las medidas que entonces se toman abocan no a escapar al dolor, sino a resistirlo. De ahí que tanto en el mundo heroico como en el cultual encontremos una relación con el dolor en todo distinta de la que hallamos en el mundo de la sentimentalidad. Mientras que en este último mundo lo que importa es, como hemos visto, expulsar el dolor y excluirlo de la vida, de lo que se trata en el mundo heroico y en el cultual es de incluirlo en la vida y de disponer ésta de tal manera que en todo tiempo se halle pertrechada para el encuentro con el dolor. También en esos

dos mundos desempeña el dolor, por tanto, un papel significativo, aunque, desde luego, exactamente opuesto al que desempeña en el mundo de la sentimentalidad. Es algo que se deriva ya del simple hecho de que allí la vida está aspirando incesantemente a permanecer en contacto con el dolor. Pues no otra cosa es lo que significa la disciplina, tanto la disciplina ascética del sacerdote, dirigida a la mortificación, como la disciplina heroica del guerrero, dirigida a lograr un endurecimiento como el del acero, una «aceración». En uno y otro caso se trata de *mantener* enteramente sujeta a nuestro poder la vida, para estar a cualquier hora en condiciones de lanzarla al combate en el sentido de un orden superior. De ahí que la importante cuestión de cuál es el rango de los valores existentes quepa resolverla exactamente examinando *el grado en que puede tratarse el cuerpo como un objeto.*

El secreto de la sentimentalidad moderna reside en que esa sentimentalidad corresponde a un mundo en que el cuerpo es idéntico al valor. Lo dicho explica que la relación de tal mundo con el dolor sea la relación con un poder que ante todo hay que evitar, pues en él el dolor golpea al cuerpo no acaso como a un puesto avanzado, sino como al poder principal y núcleo esencial de la vida misma.

8

Ya hoy podríamos decir ciertamente que el mundo de la persona singular que se complace en sí misma y se inculpa a sí misma es un mundo situado a nuestras espaldas y que las valoraciones de ese mundo, aunque aún muy difundidas, han sido derrotadas en todos los puntos decisivos o han quedado rebatidas por sus propias consecuencias. No faltan esfuerzos tendentes a ganar un mundo en que tengan vigencia valoraciones nuevas y más poderosas. Aun cuando quepa dar la bienvenida a algunos de esos esfuerzos aislados, seguramente no han conseguido todavía en modo alguno imponerse de manera real, y eso es algo que guarda relación con el hecho siguiente: no resulta posible crear con medios artificiales un puesto de mando situado a una altura tal que el ataque del dolor adquiera, visto desde allí, un significado puramente táctico. En especial resulta insuficiente el esfuerzo de la voluntad, pues aquí se trata de una superioridad ontológica. No es posible, por ejemplo, cultivar o proclamar artificialmente desde lo alto de las cátedras una «visión heroica del mundo», pues ciertamente ella le está otorgada al héroe por derecho de nacimiento, pero el modo como esa visión capta a las masas hace necesariamente que quede rebajada a la categoría de los conceptos generales. Eso mismo rige para la raza en general; la raza es algo que

existe, y se la conoce por los efectos que causa. Y de igual manera, un Estado total presupone la existencia de al menos un único hombre total; mas lo que la pura voluntad produce en el mejor de los casos es una burocracia total. Con claridad aún mayor se manifiesta eso en lo tocante a los cultos; el acercamiento de un dios es independiente de los afanes humanos.*

Lo que acabamos de decir es importante por cuanto contiene un criterio para enjuiciar los equipamientos bélicos. Aduzcamos un ejemplo práctico para indicar lo muy elevadas que han llegado a ser las exigencias que se le hacen a la disponibilidad. No hace mucho han traído los periódicos la noticia de que la marina de guerra japonesa ha desarrollado al parecer un torpedo nuevo. Lo asombroso de tal arma consiste en que ya no es pilotada por una fuerza mecánica, sino por una fuerza humana: por un piloto encerrado en una pequeña cabina. A ese piloto podemos considerarlo a la vez como un miembro técnico del proyectil y como su inteligencia propiamente dicha.

El pensamiento subyacente a esa extraña construcción orgánica** hace avanzar un poco la

* El lector que sitúe el párrafo anterior en el momento de su publicación (1934) podrá ver en él un ataque frontal y explícito a los métodos y a la substancia del nacionalsocialismo. *(N. del T.)*

** El concepto de «construcción orgánica» es uno de los más originales del pensamiento de Jünger; aclaraciones sobre él pueden encontrarse en *El trabajador*, págs. 115 y sigs. y *passim*. En una anotación de sus diarios *Pasados los setenta I*, págs. 579-580, Jünger, hallándose de vacaciones en Las Palmas, escribe el 8 de junio de 1970 lo siguiente: «Por la tarde pasamos en La Isleta una placentera hora dedicados a

esencia del mundo técnico, por cuanto convierte al ser humano, y ahora en un sentido más literal que nunca, en uno de los componentes de ese mundo. Si desarrollamos ese pensamiento vemos que, tan pronto como se esté en condiciones de hacerlo realidad en mayor medida, esto es, tan pronto como se disponga de una tropa dispuesta a someterse a él, pierde el dejo de ser una simple extravagancia. Cabe construir de ese modo aviones que sean torpedos aéreos con los cuales podrán destruirse desde grandes alturas, dejándolos caer con puntería, los nudos vitales de la resistencia enemiga. El resultado que así se obtiene es la estampa de un ser humano al que al comienzo de una confrontación bélica se lo dispara como desde bocas de cañones. Claro es que eso sería el símbolo más horrendo que puede imaginarse de una pretensión de dominio. Con seguridad matemática aparece aquí excluida toda posibilidad de tener buena suerte, en el supuesto de que no se posea una idea completamente diferente de lo que es «tener suerte». Mas esa otra idea completamente diferente sale a nuestro encuentro cuando oímos decir que el general japonés Nogi, uno de los pocos personajes de nuestro tiempo al que es lícito aplicar la palabra «héroe», acoge

contemplar aquella "arena" marina, anticipo de suntuosidades microscópicas. En tal actividad hay también un bienestar geométrico, pues todos esos fragmentos tienen unas medidas rigurosas — construcción orgánica. Hace muchos años fui atacado por haber empleado esa fórmula — sin duda mi crítico no había visto nunca un erizo de mar ni contemplado una concha». *(N. del T.)*

«con profunda satisfacción» la noticia de que su hijo ha caído en combate.

Para enlazar todavía un pensamiento más con la idea del proyectil humano digamos que resulta evidente que la persona singular dueña de semejante actitud es superior a toda masa popular imaginable; naturalmente es superior a ella también en aquellos sitios donde no aparece blindada de explosivos, pues aquí no se trata de una superioridad sobre seres humanos, sino de la superioridad sobre el espacio en el que manda la ley del dolor. Esa superioridad es la suprema; incluye en sí todas las demás.

Ciertamente nuestro *ethos* no está preparado para tales modos de conducta, que hacen aparición a lo sumo en situaciones límite nihilistas. En una novela de Joseph Conrad que describe las intrigas de los revolucionarios rusos en Londres y que contiene en muchos aspectos rasgos proféticos aparece un anarquista que ha pensado y repensado hasta sus últimas consecuencias la idea de libertad individual y que, para no caer nunca en una situación en que puedan coaccionarlo, lleva siempre consigo una bomba. Es una bomba que puede hacerse estallar mediante una pelota de goma que el anarquista porta siempre en su mano cuando corre peligro de que lo detengan.

9

Para enjuiciar la situación no basta el barniz de una mentalidad cualquiera. Las palabras no producen modificaciones; a lo sumo son indicios de ellas. Pero una modificación es algo que se produce de hecho, y cuando se hace visible con máxima claridad a los ojos es cuando éstos tratan de contemplarla, pero sin valorarla.

En otro lugar nosotros hemos calificado la modificación que está llevándose a cabo en la persona singular de transformación del individuo en tipo, o sea, en trabajador.* Si al contemplarla la aplicamos el criterio del dolor, la mencionada transformación se presenta como una operación quirúrgica mediante la cual se le extirpa a la vida la zona de la sentimentalidad; con eso está relacionado el hecho de que aparezca en el primer momento como una pérdida. De la zona de la sentimentalidad forma parte ante todo la libertad individual, incluidas las posibilidades de movimiento que tal libertad ha hecho madurar en las áreas más diversas. La restricción de esa libertad individual constituía uno de los casos especiales, el más significativo de los cuales era la participación en el servicio de las armas en el marco del servicio militar obligatorio. Como otras muchas cosas, también ésa ha dado ya casi una vuelta de

* Jünger está refiriéndose a su obra *El trabajador;* véanse allí en especial las págs. 89 y 108 y sigs. *(N. del T.)*

campana; la nueva dirección aboca a ver en el servicio militar el estado determinante de la vida. La ineludibilidad de tales modificaciones destaca con especial claridad en el desarrollo que han tenido en Alemania, país donde se enfrentaban a ellas no sólo la generalizada fatiga interna, sino también las ataduras debidas a tratados internacionales.

La ofensiva contra la enseñanza generalizada destruye una segunda zona de la sentimentalidad. Los efectos de tal ofensiva resultan todavía mucho menos visibles que los de la ofensiva contra la libertad individual. Son varias las causas de ello; ante todo, que la gente mantiene como si fueran fetiches los conceptos que sustentan el principio básico de la enseñanza generalizada, en especial el concepto de cultura. Mas nada de eso produce modificaciones en los hechos, pues la ofensiva contra la libertad individual incluye en sí necesariamente la ofensiva contra la enseñanza generalizada. El punto en que eso se torna evidente es aquel en que nos vemos forzados a negar la libertad de investigación. Ahora bien, en una situación cuya ley esencial ha de ser concebida como la ley de los equipamientos bélicos la investigación libre resulta imposible, ya que, cual si fuera un ciego, abre indiscriminadamente todas las puertas en un espacio en el que la única puerta que ha de dejarse abierta es la del poder. La investigación libre está de sobra en el mismo instante en que tenemos claro qué cosas deben

saberse y qué otras no deben saberse. Aquí es una ley de rango superior la que asigna a la investigación sus tareas, y de conformidad con éstas ha de configurar ella sus métodos. Aún nos resulta penoso ciertamente el pensamiento de que vaya a ser amputado el saber; pero es preciso ver que eso ha ocurrido en todas las situaciones realmente decisivas. Así, por ejemplo, Heródoto nos ofrece el ejemplo de un experto en países y pueblos que conoce los límites trazados a su ciencia; y la revolución de Copérnico sólo fue posible en una situación que ya había perdido la capacidad de la decisión suprema. Más adelante expondremos que también a nuestro espacio le falta esa decisión, pero que ésta se toma ya por representación; si ahora estuviera presente sin ninguna duda la decisión suprema, también faltaría el sentimiento del dolor que sigue causándonos la intervención en el saber.

Cabe prever que a la valoración modificada de la investigación libre —la cual era considerada hasta ahora como la cúspide del edificio de la enseñanza generalizada— le corresponderá una transformación amplísima de la estructuración de la enseñanza. Aquí aún nos encontramos en el estadio de la experimentación, mas sin duda cabe profetizar que la educación emprenderá caminos más restringidos y a la vez más dirigidos, pues eso es cosa que cabe observar en todos los sitios donde se halla en el primer plano el cultivo de un tipo. Lo dicho rige para los centros donde se educan los oficiales y para los centros donde se

educan los sacerdotes; desde el principio hubo en ellos una pormenorizada disciplina que regulaba y abarcaba la marcha de la instrucción. Mas también rige para la educación en el marco de los órdenes y oficios estamentales, mientras que el modelo del desenvolvimiento individual viene dado por las «Confesiones», de las cuales brotan las muchas novelas de formación y desarrollo. Quizá suene aún notable la afirmación de que la educación «volverá» a especializarse; pero, según todas las apariencias, hacia eso estamos caminando. Todavía no hace mucho que a todas las personas singulares les estaba abierta, al menos teóricamente, la vía hacia los niveles más altos de la enseñanza generalizada, mientras que hoy ya no ocurre tal cosa. Observamos, por ejemplo, que ya hay muchos países donde determinadas especialidades les están cerradas a los aspirantes pertenecientes a capas sociales a las que se les concede escasa fiabilidad. También la aplicación del *numerus clausus* a ciertas profesiones, escuelas superiores o universidades apunta a una voluntad que se propone sofocar de antemano, por motivos de razón de Estado, la formación de determinadas capas sociales, como, por ejemplo, el proletariado universitario. Es cierto que por el momento se trata de indicios aislados, mas tales indicios apuntan a que tampoco la libre elección de profesión es ya una de las instituciones fuera de toda duda.

La mencionada posibilidad de una instrucción

especializada presupone a su vez el hecho de una instancia suprema que la asigna. Una instrucción especializada sólo puede tener sentido si el Estado aparece como el portador del carácter total de trabajo.* Unicamente dentro de semejante marco resultan imaginables medidas de un alcance tan amplio como, por ejemplo, el envío de partes enteras de la población a territorios de asentamiento. Son medidas que ya abarcan la determinación de la profesión que tendrán los no nacidos. Mencionemos todavía que también en la instrucción militar, que en la mayoría de los países civilizados comienza ya en la escuela primaria, cabe divisar una restricción del principio de la enseñanza generalizada.

Son medidas que causan, naturalmente, efectos en la población, o, mejor dicho, son indicios de que están comenzando a producirse modificaciones en ella. En todas esas medidas descubrimos una tendencia explícita o implícita a la disciplina. Antes hemos llamado disciplina a la forma mediante la cual mantiene el ser humano el contacto con el dolor. De ahí que no pueda extrañar que en este tiempo nuestro estemos volviendo a toparnos cada vez más frecuentemente con esos rostros que hasta hace poco sólo cabía encontrar en las últimas islas subsistentes de los órdenes estamentales, ante

* Sobre el concepto de «carácter total de trabajo» puede verse *El trabajador,* págs. 102 y sigs. y *passim. (N. del T.)*

todo en el ejército prusiano, ese poderoso baluarte de las valoraciones heroicas. Lo que en el mundo liberal se entendía por «buen» rostro era propiamente el rostro fino, nervioso, móvil, cambiante, abierto a las influencias e incitaciones más variadas. El rostro disciplinado es, por el contrario, un rostro cerrado; mira a un punto fijo y es unilateral, objetivo, rígido. En toda suerte de instrucción dirigida notamos enseguida que la intervención de reglas y prescripciones fijas e impersonales tiene su decantación en el endurecimiento del rostro.

10

No sólo en la persona singular está haciéndose visible esa modificada relación con el dolor, también ocurre eso en las articulaciones en que aquélla aspira a organizarse. Cuando hoy viajamos por los países de Europa, tanto por aquellos que se encuentran en la extraña situación transitoria del Estado de partido único como por aquellos otros que procuran llegar a él, la observación que ante todo se impone es la siguiente: el papel desempeñado por el uniforme se ha vuelto aún más significativo que en la edad del servicio militar obligatorio. La comunidad de atuendo se extiende no sólo a todas las edades de la vida, sino incluso a

la diversidad de los sexos, y se nos viene a la cabeza este notable pensamiento: que el descubrimiento del trabajador va acompañado del descubrimiento de un tercer sexo. Pero ésa es una cuestión aparte, que merece un tratamiento específico. Ahora bien, en todos los tiempos el uniforme envuelve un carácter de equipamiento bélico, una exigencia de poseer una coraza especial contra la agresión del dolor. Es algo que ya aparece claro en este hecho: a un muerto vestido de uniforme podemos contemplarlo con más frialdad que a un hombre con traje de paisano caído en una lucha callejera. En fotografías que desde las alturas del vuelo han retenido el aspecto de marchas gigantes lo que vemos allá abajo en tierra son cuadriláteros regulares y columnas formadas por hombres, figuras mágicas cuyo sentido más íntimo se dirige a conjurar el dolor.

Son visiones que poseen una evidencia inmediata; la misma impresión tenemos cuando sobrevolamos en avión una ciudad en la que se ha conservado en medio de la maraña de sus calles la planta geométrica de un viejo fuerte. No sólo en el área de la arquitectura —en la cual únicamente hay en el fondo dos edificaciones metafísicas— poseen las articulaciones cultuales y las bélicas unas similitudes que hacen pensar en formaciones cristalinas y que a veces se sobreponen de un modo asombroso. Es lo que ocurrió, por ejemplo, en la batalla naval de Lepanto: en ella la flota turca se ordenó para el ataque en forma de media

Luna, mientras que la flota cristiana lo hizo en forma de cruz.

Es de prever que no serán nuestros edificios lo único en volver a establecer relaciones con el estilo del combate, cosa que ya está apuntando en los esfuerzos tendentes a adaptarlos a la amenaza de los ataques aéreos y de gas; también el orden de la batalla abandonará el estilo masivo propio de la edad del servicio militar obligatorio y volverá a evolucionar hacia articulaciones exactas. Llamemos la atención en este contexto sobre el notable hecho siguiente: en un espacio de tiempo en el que se demolían las murallas que circundaban las ciudades y en que se transformaban en museos las iglesias hubo todavía, sin embargo, en nuestras grandes urbes una suerte de edificaciones en las que se expresaba sin rebozo un carácter de equipamiento bélico y de defensa. Lo dicho le resultará evidente a todo el que visite los barrios donde se alzan los Bancos, barrios que forman el núcleo de esas urbes. En ellos nos causa asombro la presencia de un instinto que ideó tales alcázares en medio de un espacio en apariencia completamente asegurado, alcázares construidos con esos sillares que ya no se tallaban para ninguna otra finalidad y defendidos en el exterior con ventanas provistas de rejas de hierro y en el interior con subterráneos blindados de acero. En esos sitios comprendemos también cuál es el sentido de esa atmósfera peculiar y solemne que llena de una irradiación demoniaca las fastuosas salas donde

se abren las ventanillas. Tal atmósfera es característica de una situación en la que, si otorgásemos a los seres humanos un deseo mágico, un sueño de felicidad o de ausencia de dolor, no despertaríamos en ellos otra idea que la del millón, cifra que posee en esa esfera el rango de un número mágico.

Los alemanes hemos pasado entretanto por una buena escuela en lo que se refiere al conocimiento de la seguridad relativa proporcionada por el dinero. Aún no quedan muy lejos de nosotros los años en que todo el mundo podía calificarse de millonario, y quien hoy expresase el deseo de poseer un millón tendría que poner cláusulas a ese deseo, añadiendo: «en el supuesto de que no sobrevenga una nueva inflación», o: «en el supuesto de que quepa disfrutar de esa suma en uno de los pequeños Estados neutrales».

También la masa ha mostrado ser una magnitud aparente, que depende de muchos supuestos — y con esto volvemos al auténtico asunto de esta investigación. Una de las características del parentesco existente entre el dinero, que es algo inconexo, y la masa, que es asimismo inconexa, es la siguiente: no sólo *no* garantizan, ni el uno ni la otra, protección alguna contra el ataque efectivo del dolor, sino que, por el contrario, atraen con fuerza magnética la desgracia tan pronto como las circunstancias se acercan a la zona de los elementos.

Los que hemos crecido con un determinado

estilo de pensar tendemos a ver como realidades los conceptos con que ese estilo trabaja. Tampoco la masa es otra cosa que un concepto general, y el acto que transforma en masa a un determinado número de seres humanos resulta convincente tan sólo en el espacio coordinado con tal acto. Mas en ese espacio resulta difícil sustraerse a las ilusiones ópticas.

Una célula de orden, aun la más pequeña, posee una enorme superioridad incluso frente a la más grande de las masas; a mí eso no se me hizo patente hasta después de la guerra, pues la ley que impera en los campos de batalla, donde se ve únicamente a personas vestidas de uniforme, es diferente. En marzo de 1921 asistí a un enfrentamiento entre los tres sirvientes de una ametralladora y una manifestación en la que participarían unas cinco mil personas; un minuto después de que se diese la orden de hacer fuego la manifestación había desaparecido del horizonte sin que llegase a haber ni un solo herido. Aquel espectáculo tuvo en sí algo de mágico; provocó ese profundo sentimiento de jovialidad que nos sobrecoge cuando le arrancamos la máscara a un demonio poco importante. Participar en el rechazo de una infundada pretensión de poder como ésa resulta en todo caso mucho más instructivo que estudiar una biblioteca entera de sociología. En el invierno de 1932 tuve una impresión similar cuando acudí al Bülowplatz de Berlín para efectuar estudios de calle; aquella plaza era

entonces, en conexión con los acontecimientos políticos, el lugar donde se producían las grandes confrontaciones. Allí el encuentro entre la masa y la construcción orgánica se hizo especialmente visible en la aparición de un carro blindado de la policía que en el Alexanderplatz cruzó, cortándolo, un mar de seres humanos que hervían de cólera. El carro pasó por entre los partidos que en aquel lugar estaban entregados a sus disputas. Frente a aquel medio concreto la masa se encontraba en una posición puramente moral; estalló en gritos y pitidos.

Por cierto que durante aquella misma jornada tuve también oportunidad de observar en algunas calles secundarias al lumpenproletariado; éste no pertenece en absoluto, como sí pertenece la masa, al mundo de los conceptos generales. De ahí que Bakunin tuviese razón al considerarlo una magnitud revolucionaria mucho más eficaz que la masa. Si contemplamos las cosas desde el otro lado podemos decir que basta soplar sobre la masa para que se esfume, mientras que al lumpenproletariado hay que ir a buscarlo a sus guaridas. También apunta la mayor realidad efectiva del lumpenproletariado en el hecho de disponer de un estilo genuino de combate: la antiquísima forma de la horda. Y, además, su relación con el dolor, aunque negativa, es mucho más significativa. La masa mata de forma mecánica, despedaza y pisotea; el lumpenproletariado está familiarizado, por el contrario, con los goces de la tortura.

A la masa se la mueve con argumentos morales; se forma en estado de excitaciones e indignaciones y necesita estar convencida de que el adversario es malvado, o sea, de que ella hace justicia en él tratándolo como lo trata. El lumpenproletariado se halla fuera de las valoraciones morales; de ahí que esté siempre dispuesto a intervenir, en todo momento y lugar, cada vez que se produce una perturbación del orden, proceda de donde proceda. En consecuencia se halla también fuera del espacio propiamente político; al lumpenproletariado hay que considerarlo, antes bien, como una especie de reserva subterránea que el propio orden de las cosas mantiene disponible. Ahí es donde se esconde también el origen del soplo infernal y paralizante que emerge subitáneamente de las grietas causadas por las revoluciones y que constituye incluso la auténtica característica de la profundidad de éstas. Aún no está escrita su historia. Las breves jornadas durante las cuales la masa elimina a sus adversarios llenan de ruido las ciudades, pero después vienen unas situaciones diferentes, más peligrosas; en ellas reina el silencio. Entonces es cuando el dolor reclama los atrasos que se le deben.

Intercalemos aquí la observación siguiente: al lector atento no se le habrá escapado que la expresión «lumpenproletariado» pertenece al anticuado vocabulario de la lucha de clases. Propiamente, sin embargo, el lumpenproletariado es una magnitud elemental, presente siempre, que, como

es natural, se oculta tras la máscara de un concepto económico en aquellos sitios donde el pensamiento se halla determinado por la jerarquía económica. Pero hoy esa magnitud está ya apareciendo en formas nuevas, y el hecho de que se comience a integrarla de muchas maneras tanto en los movimientos políticos como también en los militares constituye uno de los indicios de una cercanía bastante significativa a los poderes elementales. Mencionamos aquí ante todo el fenómeno del partisano, quien ya ha perdido en amplia medida toda coloración social. De conformidad con su esencia, al partisano se lo emplea para operaciones que es preciso efectuar por debajo de la zona del orden. Así es como emerge en la retaguardia de los ejércitos invasores; aquí las tareas que a él le resultan adecuadas consisten en el espionaje, el sabotaje y la desmoralización. Tareas análogas le toca llevar a cabo en el marco de la guerra civil; el partido al que el partisano pertenece lo emplea para operaciones que no cabe ejecutar dentro de las reglas de juego de la legalidad. Los combates de partisanos llevan en sí, consecuentemente, el sello de una malignidad especial. Al partisano no se le proporciona cobertura; cuando es capturado se lo somete a juicio sumarísimo y se lo liquida. Así como en la guerra exterior se emplea al partisano sin uniforme, así en la guerra civil se le retira, antes de lanzarlo al ataque, el carnet del partido. Eso hace que siempre permanezca incierto a quién pertenece el

partisano; nunca podrá comprobarse si es miembro de un partido o del partido contrario, del espionaje o del contraespionaje, de la policía o de la contrapolicía, o de todo ello a la vez; más aún, tampoco podrá comprobarse si actúa por encargo de otros o por su propia, criminal iniciativa. Ese claroscuro forma parte de la esencia de sus tareas y volveremos a encontrarlo en todas y cada una de las operaciones de partisanos que hoy se desarrollan por doquier y de las que a menudo desconocemos que lo son — tanto si se trata de un choque cualquiera ocurrido en los suburbios de una ciudad como de uno de esos casos capitales hoy bien conocidos en el marco de la política interior y exterior. Nunca será posible aclarar la responsabilidad de tales casos, pues los hilos se pierden en la oscuridad propia de los bajos fondos; en esa oscuridad se extingue toda diferenciación consciente, también la de los partidos. De ahí que sea una falta de discernimiento lo que se expresa en las diversas tentativas hoy observables que quieren hacer del partisano un héroe; el partisano es ciertamente un personaje del mundo elemental, mas no un personaje del mundo heroico. A su muerte le falta, en correspondencia con eso, el rango trágico; acontece en una zona donde se posee, es cierto, una relación sorda, pasiva, con el dolor y con sus misterios, mas no se tiene la capacidad de elevarse por encima de él. Pero volvamos a la masa.

Una circunstancia que confiere a los movi-

mientos de la masa un grado especial de sinsentido es su negligencia. La masa no conoce barreras, puede decirse que su estado propio es precisamente el estado de carencia de barreras; por ello tiende a prescindir de todas las medidas de prevención que a cualquier articulación disciplinada le resultan obvias, como, por citar un caso, la colocación de centinelas avanzados. De ahí que, cuando en un decurso histórico riguroso las relaciones de poder se han vuelto cuestionables durante un brevísimo espacio de tiempo, el aire se llene de los gritos de júbilo de las masas. Mas ésos son precisamente los momentos en que cualquier general —un Cavaignac, un Wrangel, un Galliffet— está ya frotándose las manos.* Si hace ya tiempo que los franceses son superiores a los alemanes en la técnica de tratar a las masas, se debe a su mayor familiaridad con el mundo de los conceptos generales; de todos modos, ellos también pagaron tempranamente un precio por tales enseñanzas. El aplastamiento de los miembros de la Comuna se prolongó hasta finales de la guerra mundial. En general el concepto de masa, entendido en ese significado político-moral que aún nos resulta corriente a nosotros, se desvanece tan pronto como se hacen notar indicios de una salud más robusta. En cambio, al hombre que porta ar-

* El general francés Cavaignac (1802-1857) y el general alemán Wrangel (1784-1877) fueron quienes sofocaron respectivamente en París y en Berlín los levantamientos populares de 1848; el general francés Galliffet (1830-1909) se mostró ferozmente duro en la represión de la Comuna parisiense de 1871. *(N. del T.)*

mas le llenan de gozo las aglomeraciones de personas desarmadas. Así era como en los despotismos del Renacimiento se veía a veces en la convocatoria de los Parlamentos la ocasión más cómoda de machacarlos, si es que no se aguardaba para hacerlo a una de las grandes festividades eclesiásticas. Por cierto que no ha dejado de causar efectos en el mundo de los hechos el dejo deleitoso con que los Burckhardt, los Gobineau y sus epígonos aducen tales datos, de igual manera que en general la dirección de las inclinaciones históricas de una generación proporciona siempre buenas informaciones ilustrativas.

Como ha quedado dicho, ya hoy nos hallamos en pleno proceso de formación de unas articulaciones nuevas, disciplinadas; y, como veremos enseguida, ese proceso sobrepasa con mucho la zona política propiamente dicha. Ya en esa situación de democracia parlamentaria que para Alemania pertenece al pasado más reciente se puso de manifiesto que los partidos habían perdido la confianza en su auténtica legitimación, es decir, en el puro número de votos, y que trataban de extraer de sí fuerzas de choque de otra especie. Junto al ejército y junto a la policía hubo toda una serie de milicias permanentes;* y no deja de ser notable el hecho de que en tales condiciones

* Jünger se refiere aquí a las «milicias» (grupos armados de asalto y de combate) que los diversos partidos políticos —el comunista, el socialista, el nacionalsocialista— crearon en la República de Weimar para proteger sus propias actividades o perturbar las del adversario. *(N. del T.)*

pudiera la vida seguir fluyendo por sus cauces habituales. Algo parecido ocurría en la Edad Media en Florencia, ciudad que se componía de toda una serie de castillos de la nobleza cerrados en sí mismos y provistos de torreones que se enfrentaban amenazadoramente entre sí.

Todas las situaciones se interpenetran, sin embargo, y las cosas viejas y las nuevas se entrelazan de múltiples maneras. Por un lado estamos viendo que la formación de esas milicias nuevas se realiza por lo pronto con el único propósito de garantizar los derechos democráticos fundamentales, ante todo la libertad de reunión y de palabra. Por otro lado parece extraño que aún hoy no se haya renunciado en modo alguno, en los Estados en que ya ha sido tomada una primera decisión efectiva, a convocar masas humanas gigantescas e informes. Aunque en esto no deberíamos pasar por alto una importante modificación que ha habido y es que a esas masas ya sólo les ha quedado *una* libertad: la de la aclamación. Tanto los mítines como los plebiscitos están transformándose de un modo cada vez más inequívoco en actos de aclamación; su técnica viene a sustituir a la técnica de la libre formación de opinión. Mas eso no significa otra cosa que una transformación de la masa por la cual pasa ésta de ser una magnitud moral a ser un mero objeto.

11

El hecho de que en nuestros días esté apuntando una conformación del carácter de objeto, una «objetización», tanto de la persona singular como de sus articulaciones no constituye ninguna novedad. Tal objetización es, antes bien, una característica segura de todos los espacios donde el dolor representa una de las experiencias directas y obvias. Y es preciso que nos percatemos de que eso es un síntoma del incremento de los equipamientos bélicos. Lo esencial es esto: que el sentimiento de la cercanía, del valor no simbólico, sino fundado en sí mismo, se desvanece y que a cambio de eso el movimiento de las unidades vivientes es dirigido desde una gran distancia. Así es como en la epístola pastoral de la Iglesia de Esmirna sobre el martirio de san Policarpo se explica con la siguiente frase la actitud impasible de los condenados contra los que se sueltan los leones: «Con ello los mártires de Cristo nos probaron a todos nosotros que en la hora del tormento se hallaban ausentes de la carne». Frases similares contiene en casi todas sus páginas la significativa descripción que nos dejó Casiano de la organización de los monasterios y de la vida de los eremitas en los desiertos de Siria y Egipto. Y en Flavio Josefo encontramos la prodigiosa descripción, hecha por un observador imparcial, del orden de

marcha de la legión romana. A los cuerpos de ejército, que semejan máquinas vivas y van guiados como por señales invisibles, los vemos cruzar llanuras, desiertos, montañas; también los vemos montar cada atardecer el campamento y hacerlo con una destreza tal que trae a la memoria la magia, así como desmontarlo a la mañana siguiente sin dejar rastro; finalmente vemos que en el combate los movimientos se ejecutan con la «rapidez del pensamiento». Con razón concluye Josefo su descripción diciendo: «¿Qué hay de extraño, pues, en que un pueblo como éste, cuyas decisiones se hallan respaldadas por un ejército tan contundente, tenga como fronteras en el Este el Eufrates, en el Oeste el océano, en el Sur las grasas campiñas de Libia y en el Norte el Danubio y el Rin? Con razón puede decirse que las posesiones son todavía menores de las que merecen sus poseedores».

Nosotros consideramos, pues, que una característica de una prestación elevada es que la vida sea capaz de distanciarse de sí misma, o, dicho con otras palabras, de sacrificarse. Eso *no* ocurre en ninguno de los sitios donde la vida se reconoce a sí misma como el valor normativo y no se contempla meramente como un puesto avanzado. El hecho de la «objetización» de la vida, de su conversión en objeto, es ciertamente común a sus situaciones significativas, pero en todos los tiempos la técnica —es decir, la disciplina— de esa objetización es especial. Hemos considerado breve-

mente la objetización de la persona singular y de sus articulaciones y hemos concebido esa objetización como una buena señal. Ahora bien, nuestro estudio quedaría incompleto si no tocase también un tercer orden, más frío, que es el que principalmente otorga su impronta peculiar a esta inflexión de los tiempos en que nos encontramos. Nos referimos al orden técnico en sí, a ese gran espejo en el que se refleja con máxima claridad la creciente objetización de nuestra vida y que se halla impermeabilizado de manera especial contra el acoso del dolor. *La técnica es nuestro uniforme.* De todos modos, aún nos encontramos demasiado hundidos en el proceso como para poder abarcarlo en toda su extensión con la mirada. Pero si nos hemos alejado un poco de él, si regresamos, por ejemplo, de un viaje a territorios aún poco afectados por la técnica, la requisición a que estamos sometidos resalta con mayor claridad. Eso ocurre tanto más cuanto que el carácter de confort de nuestra técnica está fusionándose de un modo cada vez más inequívoco con un carácter instrumental de poder.

12

El espectáculo de la batalla nos proporciona en este punto aclaraciones directas; en ella sale a

la luz sin disimulo el mencionado carácter de poder. Leyendo a Vegecio, a Polibio y a otros escritores que se ocupan en el arte de la guerra de los antiguos obtenemos ya la impresión de que el empleo de la máquina otorga una impronta matemática a los encuentros bélicos. Sobre todo en la prosa de Julio César se nos ha conservado el lenguaje de un espíritu que no es que posea acaso el *pathos* de la distancia,* sino que lo que él posee de manera innata es esa gran distancia que constituye uno de los presupuestos del dominio. Un lenguaje como el de Julio César es irrefutable como un objeto y en una frase como *res ad triarios venit* no penetran los gritos que acompañan a semejante acción, lanzados por los atacantes y por los moribundos.** El elevado sentir del general en jefe mira las cosas sin que las irradiaciones del dolor y la pasión lo afecten.

Ciertamente es posible considerar ya la propia legión como una máquina, como una móvil muralla de escudos y armas ofensivas, apoyada en sus dos alas por la caballería como por los brazos de una palanca. Pero donde la fisonomía completa de la técnica bélica de la Antigüedad se pone

* El «*pathos* de la distancia» no es una característica del *poder,* sino de la *voluntad* de poder. *(N. del A.)*

** La legión romana se disponía en el campo de batalla en tres líneas escalonadas. La primera la ocupaban los *hastati* (hastados); la segunda, los *principes* (príncipes); y la tercera, los *triarii* (triarios). Estos últimos, veteranos de valor probado, constituían la reserva e intervenían solamente en los momentos críticos. La escueta y fría frase de Julio César citada por Jünger («el combate llega hasta [la línea de] los triarios») significa que ya han sido derrotadas y aniquiladas las dos líneas anteriores. *(N. del T.)*

de relieve es ante todo en el ataque a los símbolos supremos de la seguridad concreta, es decir: en el ataque a las murallas de las ciudades. Poseemos abundantes relatos que describen en todos sus detalles la conquista de una ciudad, operación en la que se emplean testudos, arietes techados, escorpiones, torres rodantes, planos inclinados — son relatos cuya lectura resulta tan apasionante como si describiesen encuentros entre demonios o entre seres fabulosos pertenecientes a un mundo animal ya extinto. Frente a esos espectáculos dejamos de tener el sentimiento de que allí sigue tratándose de seres humanos; la construcción artificiosa y la movilidad reglamentada de la obra apartan nuestros ojos de los destinos personales. El mero hecho de que el ser humano vaya encerrado en vehículos rodantes le otorga la apariencia de una invulnerabilidad mayor; y eso nunca ha dejado de causar efecto sobre los atacados. Todavía en la guerra mundial los primeros éxitos de los nuevos carros de combate fueron ante todo éxitos debidos a la sorpresa. Ellos nos permiten conjeturar la impresión mágica causada por los jinetes; todos los pueblos que se toparon con ellos sin preparación los consideraron seres demoniacos, como se ve todavía en la historia moderna de los mexicanos.

Un acontecimiento como el asedio de Jerusalén por Tito encierra en sí una cantidad de matemática que en vano buscaremos en la historia de las guerras del siglo XIX. Si tenemos en cuenta

que todavía los ejércitos del Rococó se movían sobre el campo de batalla en líneas o cuadriláteros rígidos, con un *tempo* de marcha mantenido escrupulosamente, la batalla de material de la guerra mundial se nos aparecerá como la imagen de la anarquía fogosa. En nuestro escrito «Fuego y movimiento»* hemos expuesto con detalle que la legalidad que subyace a esa imagen es exactamente opuesta a la legalidad del espacio constructivo; lo notamos en el hecho de que a un máximo de medios empleados corresponde un mínimo de efectos causados. Tal es también la causa de que las batallas de Alejandro Magno despierten una impresión más regia que las de Napoleón; para hacerse visible en su pureza el gran pensamiento requiere unos órdenes cuya contextura sea como de bronce.

Lo que ahora hemos de ver es que los elementos de esos órdenes se hallan presentes todos ellos en nuestro ámbito y en su técnica. Esto es importante, pues no cabe duda de que el punto en que un espíritu adecuado a esos elementos los aliste y ponga en forma será el punto decisivo para nuestra historia. Ahí es donde se esconde, detrás de todos los malos entendidos de nuestro tiempo, el eje objetivo de nuestras tareas.

Principalmente el espectáculo del combate naval nos certifica que también en nuestro tiempo son posibles unos procesos sumamente ordenados

* Incorporado a este volumen en las págs. 127-142. *(N. del T.)*

en el área de la batalla. No se trata de un azar, pues la guerra mundial ha sido en lo esencial, si hacemos caso omiso de su nombre, una guerra continental y colonial; con esa naturaleza suya está en correspondencia el desenlace que ha tenido y que consiste, si dejamos al margen la palabrería, en la conquista de provincias y colonias. Pero más allá de eso la guerra mundial ha albergado en sí los inicios de unas decisiones imperiales, cuyo instrumento se consideraba con razón que eran las flotas — puestos avanzados flotantes del gran dominio, células acorazadas donde la exigencia de poder se condensaba en un espacio reducidísimo.

Los encuentros entre unidades navales se señalan por lo siguiente: podemos tener una clara visión de conjunto de ellos, incomparablemente superior a la que podemos tener de los encuentros entre unidades de otras armas. Es cosa que ya apunta en el hecho de que podemos reconstruir con la memoria cada uno de los minutos del desarrollo de un encuentro entre flotas e incluso cada uno de los disparos que se hicieron durante él. Además en las batallas navales no vemos ni al combatiente —que es invisible también en un sentido mucho más significativo que el puramente físico— ni tampoco una masa de combatientes; lo que vemos es la flota o el buque. Aquí tenemos ante nosotros uno de esos encuentros en que el ser humano acepta como destino el hundimiento; y su último cuidado no consiste en escapar a él,

sino en que ocurra con la bandera flameando al viento. En los relatos de los supervivientes de batallas navales toparemos una y otra vez con un temple notable; él nos permite adivinar que en los instantes decisivos no se ve en absoluto la muerte. Tal cosa resulta especialmente evidente en aquellos sitios donde, en plena zona de aniquilación, el ser humano está ocupado en servir a instrumentos. Lo encontramos ahí en un estado de seguridad suma, del cual dispone únicamente quien se siente seguro hallándose en la inmediata cercanía de la muerte.

Entretanto ha seguido reforzándose la exigencia de dominio que es inherente a nuestros medios. A medida que ese desarrollo va cumpliéndose pasan a segundo plano la diferencia y la oposición de los cuatro elementos. Pero lo que tal hecho significa es que el pensamiento estratégico puede volver a hacerse realidad con mayor pureza. En la batalla de material divisamos una situación en la que el pensamiento del general en jefe es incapaz de atravesar la zona caótica del Fuego y de la Tierra y queda oscurecido por una maraña de detalles tácticos. Pero ya hay ciertos indicios que anuncian que el movimiento exacto en el espacio y en el tiempo —algo que parecía hallarse correlacionado ya únicamente con el elemento más ligero y más penetrable del Agua— está tornándose al menos imaginable también en la Tierra y ante todo en el reino del Aire, que acaba de hacérsenos accesible. Una de las carac-

terísticas que apuntan a un estilo más riguroso en la conducción de la lucha es el hecho siguiente: el concepto de escuadrilla está comenzando a desempeñar un gran papel en todas partes. También resulta instructivo este otro hecho: la coraza, que posee, por cierto, tanto en el mundo orgánico como en el mecánico una relación secreta con la matemática, está resurgiendo con formas nuevas en todos los niveles del combate.

Urdiendo nuevos medios de lucha el espíritu técnico aspira a conseguir un incremento de movilidad en el combate, y eso no sólo promete la revivificación de la operación estratégica, sino que anuncia además la aparición de un tipo más duro e inatacable de soldado. También en la realidad de éste interviene la modificación de la legalidad que tocamos de pasada al tratar el principio de la enseñanza generalizada. En un mundo en que la lucha aparece como un carácter especial de trabajo ya no es posible hablar de un «pueblo en armas» en el sentido que a nosotros nos resulta corriente. De igual modo que los medios son superiores a todas las cifras imaginables, también las tropas que se hallan al servicio de esos medios presuponen un modo de selección diferente del que puede ser garantizado por el servicio militar obligatorio. En especial la brevedad del tiempo de servicio, que es una de las características de la formación de masas, no basta para asegurar ni el necesario dominio de los medios ni la aceración

de las personas. En correspondencia con eso observamos que la instrucción, que está especializándose de múltiples maneras, comienza a prepararse muy pronto.

Hay, por tanto, toda una serie de indicios que apuntan a la probabilidad de que los ejércitos vayan a adquirir, cada vez más, un carácter de objeto, y ello tanto en lo que concierne a las armas como en lo que se refiere a los combatientes. Eso significa una claridad y una limpieza mayores en las cosas del poder. La frase *ultima ratio regis,* que todavía iba grabada en los cañones de la guerra mundial, ya no tenía propiamente otro sentido que el rememorativo. El presupuesto de la participación de las grandes masas en el servicio de las armas lo constituía en verdad el grado de popularidad que una guerra tuviese. El criterio decisivo se basaba en las nociones que la democracia se hacía de la justicia. De ahí que la denominada «guerra de gabinete» no estuviese precisamente en olor de santidad. Pero nadie que considere en su esencia y sin prejuicios las cosas del poder puede albergar ninguna duda de que la guerra de gabinete es preferible a la guerra popular. La guerra de gabinete es una guerra bien meditada, posee unos objetivos determinados y su momento puede ser elegido de acuerdo con las circunstancias objetivas. Pero ante todo es una guerra que se halla apartada de la zona moral; de ahí que en ella esté de sobra la excitación de los bajos instintos y de los sentimientos de odio en que es pre-

ciso sumergir a la masa para que ésta llegue a ser apta para el combate.

La decisión sobre la guerra y la paz constituye la suprema prerrogativa del soberano. Es por ello una decisión que presupone un ejército manejable como instrumento de la voluntad de un príncipe, cosa que sólo resulta imaginable en un espacio en que haya cosas más importantes que el dolor y en que se sepa que únicamente a la vista de la muerte es posible «vivir eternamente».

13

Intercalemos aquí una consideración sobre un hecho que nosotros sentimos como obvio, pese a que es, de todos modos, notable. No cabe duda de que donde más instructivo resulta el ser humano es en aquellas áreas donde no ve problemas y que se hallan para él fuera de toda discusión.

¿Cómo es que en un tiempo en que la gente pelea por la cabeza de un asesino recurriendo a todas las opuestas visiones del mundo no existe apenas diversidad de posiciones en lo relativo a las innúmeras víctimas de la técnica y en especial de la técnica del tráfico? Que eso no fue siempre así podemos verlo fácilmente leyendo los textos de las primeras leyes sobre los ferrocarriles. En esos textos se expresa claramente el empeño de

hacer recaer sobre el propio ferrocarril la responsabilidad de todos los daños resultantes del puro hecho de su existencia. Hoy se ha impuesto, por el contrario, la concepción de que el peatón no sólo ha de adaptarse al tráfico; también se lo hace responsable de las infracciones cometidas contra la disciplina del tráfico. Esa disciplina es en sí una de las características de la revolución objetiva, que está sometiendo al ser humano de manera imperceptible, y sin que proteste, a una legalidad modificada.

Aunque la historia de la aviación es una historia de caídas y aunque el vuelo, considerado como puro medio de transporte, contradice a todas las leyes de la economía, no se nos ocurre renunciar a que los hombres vuelen. La aviación es un hecho fuera de toda discusión para el mismo espíritu que tiende a ver como una aberración extraña, por ejemplo, el dolor que durante siglos se infligieron a sí mismos los monjes en los monasterios. Un año sí y otro también caen las víctimas del tráfico; han alcanzado unas cifras que superan las bajas de una guerra sangrienta. Nos enfrentamos a esas víctimas con un sentimiento de obviedad que hace pensar en viejas concepciones estamentales, como, por ejemplo, las del marino o las del minero. Ya Bismarck insertó en un debate sobre la pena de muerte la consideración de que no se nos ocurre cerrar las minas aunque cabe calcular estadísticamente con antelación el número de víctimas que exigirán. Al decir eso defen-

día Bismarck la idea de que el dolor es uno de los fenómenos inevitables del orden del mundo — una idea consubstancial a todo pensamiento conservador. De hecho la estadística constituye una prueba subalterna de que el ser humano ha de pagar un tributo fijo al destino; en este sentido resulta notable el fenómeno siguiente: la cifra de suicidas permanece aproximadamente estable con independencia de la bondad o la inclemencia de los tiempos.

Las víctimas reclamadas por el proceso técnico se nos aparecen necesarias porque se adecuan a nuestro tipo, es decir: al tipo del trabajador. Ese tipo penetra de múltiples formas en las grietas dejadas tras de sí por la estructura estamental e introduce en ellas sus valoraciones peculiares. Hace cien años era un incidente habitual que un joven muriera en duelo; hoy esa muerte sería una cosa extravagante. Por aquel mismo tiempo la gente tuvo por loco a un sastre de Ulm, llamado Berblinger, que se precipitó al Danubio con su aeroplano, y alguien que se rompía el cuello al escalar la cima de una montaña en la que nada se le había perdido era necesariamente una persona obsesa de *spleen*. Hoy la muerte en el vuelo a vela o en los deportes de invierno forma parte, a su vez, de las cosas obvias.

14

Si a ese tipo que está formándose en nuestros días hubiéramos de caracterizarlo con una sola palabra podríamos decir que uno de sus atributos llamativos consiste en poseer una «segunda» consciencia. Esa segunda consciencia, más fría, está apuntando en la capacidad, cada vez más nítidamente desarrollada, de vernos como un objeto. No ha de confundirse esa capacidad con el reflejo especular de nosotros mismos que nos proporcionaba la psicología de viejo estilo. La diferencia entre la psicología y la segunda consciencia estriba en que la primera elige como objeto de su consideración al hombre sentimental, mientras que la segunda se dirige a un hombre situado fuera de la zona del dolor. También en esto hay, de todos modos, transiciones; así es como es preciso ver que también la psicología posee, igual que todos los procesos de descomposición, un lado de orden. Ese lado destaca con especial nitidez en aquellas ramas en las que su desarrollo ha llevado a la psicología a transformarse en un puro método de medición.

Mucho más instructivos que eso resultan, empero, los símbolos que la segunda consciencia intenta extraer de sí misma. Nosotros no sólo trabajamos, como no lo hizo ninguna otra vida anterior a la nuestra, con órganos artificiales, sino que además estamos dedicándonos a construir ámbitos extraños en los que el empleo de órganos arti-

ficiales de los sentidos crea un alto grado de coincidencia típica. Tal hecho se halla estrechamente ligado a la objetización de nuestra imagen del mundo y, por tanto, a nuestra relación con el dolor.

El primer hecho que aquí es preciso citar es el revolucionario fenómeno de la fotografía. La fotografía, la «escritura mediante la luz», es un modo de fijar las cosas al que se le otorga carácter de documento. La guerra mundial fue el primer gran acontecimiento del que se hicieron tomas fotográficas de ese género y a partir de ella no hay acontecimiento significativo que no sea también retenido por ese ojo artificial. Se aspira a ver asimismo espacios que se hallan cerrados a los ojos humanos; el ojo artificial atraviesa los bancos de niebla, el vapor atmosférico, las tinieblas, más aún, la resistencia de la propia materia. Células ópticas están trabajando en los abismos de las profundidades marinas y en las grandes alturas de los globos sondas.

La fotografía se halla fuera de la zona de la sentimentalidad. Posee un carácter telescópico; se nota que el proceso es visto por un ojo insensible e invulnerable. Retiene tanto a la bala en su trayectoria como al ser humano en el instante en que una explosión lo despedaza. Ese es nuestro modo peculiar de ver y la fotografía no es otra cosa que un instrumento de esa especificidad nuestra. Resulta notable el hecho de que en otras áreas, como, por ejemplo, la de la literatura, aún

sea tan poco visible esa especificidad; pero no hay duda de que si aún cabe aguardar algo de la literatura, como de la pintura, la descripción de los más sutiles procesos psicológicos será sustituida por una especie nueva de relato exacto, objetivo.

Ya indicamos en nuestra obra *El trabajador* que la fotografía es un arma de que se sirve el tipo.* El acto de ver es para él un acto de agresión. En correspondencia con eso crece el afán de invisibilizarse; es algo que ya apareció en la guerra mundial como «camuflaje». Una posición de combate se tornaba insostenible en el mismo instante en que, merced a las fotografías tomadas por un aviador de observación, cabía averiguar dónde se hallaba. Son cosas que empujan incesantemente hacia una plasticidad y una objetualidad mayores. Ya hoy existen armas de fuego acopladas a células ópticas e incluso máquinas ofensivas volantes y flotantes provistas de pilotos ópticos.

También en la política es la fotografía una de las armas de que la gente se vale con creciente maestría. En especial parece brindar al tipo un medio con el que detectar el carácter individual del adversario, es decir: el carácter que ya no está a la altura de sus exigencias; la esfera privada no resiste el choque de la fotografía. También nos resulta más fácil cambiar de mentalidad que de rostro. De una gran malignidad es, por su parte, el

* Véanse a este respecto las págs. 118 y sigs. de *El trabajador. (N. del T.)*

procedimiento consistente en utilizar como carteles las fotografías de personas asesinadas en la lucha política.

La fotografía es, por tanto, una expresión de nuestro modo peculiar de ver, que es ciertamente un modo cruel. Lo que en ella hay a la postre es una forma de «mal de ojo», una especie de «toma de posesión» mágica. Eso lo sentimos muy bien en lugares en los que aún permanece viva una substancia cultual diferente. Una ciudad como La Meca ingresa en la esfera colonial en el mismo instante en que es posible fotografiarla.

Habita en nosotros un afán extraño, difícil de describir, que tiende a otorgar al proceso vivo el carácter de preparación anatómica. Allí donde hoy se produce un acontecimiento, siempre está rodeado de un cerco de objetivos fotográficos y de micrófonos e iluminado por las explosiones, parecidas a llamaradas, de los flashes. En muchos casos el propio acontecimiento pasa completamente a segundo plano en favor de su «transmisión», es decir, se convierte en gran medida en un objeto. Así es como conocemos ya juicios políticos, sesiones parlamentarias, competiciones deportivas cuyo único sentido consiste en ser objeto de una transmisión planetaria. El acontecimiento no se halla ligado ni a su espacio particular ni a su tiempo particular, ya que puede ser reflejado como en un espejo en todos los sitios y repetido tantas veces cuantas se quiera. Son indicios que apuntan a la existencia de una gran distancia, y

la cuestión que se plantea es si a esa segunda consciencia que vemos entregada tan incansablemente a su trabajo le está dado también un centro a partir del cual quepa justificar en un sentido más hondo la creciente petrificación de la vida.

El hecho de la lejanía destaca aún más claramente en las proyecciones cinematográficas — en el reflejo de las tomas fotográficas en un segundo espacio, más inaccesible a la sentimentalidad. Donde más claro se nos torna eso es allí donde nos vemos confrontados a nuestra propia imagen reflejada, ya sea que observemos en una película nuestros movimientos, ya sea que desde un gramófono nos llegue a los oídos nuestra voz como la de un extraño.

También la cuantía del dolor susceptible de ser soportado crece a medida que progresa la objetización. Casi parece que el ser humano posee un afán de crear un espacio en el que resulte posible considerar el dolor como una ilusión, y ello en un sentido enteramente distinto que hasta hace poco tiempo. Merecería la pena ocuparse más detenidamente, desde ese ángulo de visión, en los cines; si Tertuliano los viese, podría repetir todo lo que podemos leer en su escrito contra los juegos. Causan extrañeza, por ejemplo, las salvajes carcajadas provocadas por las películas cómicas, películas que se componen meramente de un cúmulo de incidentes dolorosos y malignos. También resulta instructiva la inclinación por esa figura matemática que es producida, por ejemplo,

por el hecho de que la acción vaya acompañada e interrumpida por procesos en que intervienen máquinas. Hay toda una serie de movimientos, como los del esquiador —cuya trayectoria exacta se efectúa en medio de un paisaje helado—, que resultan especialmente adecuados a las películas. De eso forma parte también el reino de las máscaras, de las marionetas, de los muñecos y de las figuras publicitarias — un reino en el que unos vivientes artificiales se mueven al son de voces surgidas por vía mecánica. Habría que mencionar además el sorprendente sincronismo que intercala entre la proyección de unas situaciones sumamente gratas la toma fotográfica de una catástrofe que en ese mismo tiempo está devastando una parte del planeta. En el comportamiento de los espectadores resulta llamativo que su participación transcurra en silencio; es un silencio más abstracto y cruel que el furor salvaje que podemos observar en las plazas de toros de los países meridionales, en las que se ha conservado hasta el día de hoy, en la lucha con el toro, un resto de los juegos de la Antigüedad.

Anotemos con esta ocasión que en el espectáculo de las corridas de toros, las cuales surgieron sin duda de un antiquísimo culto de la Tierra, la legalidad ritual encubre la auténtica impresión del dolor. Esa misma observación se impone en aquellos sitios en que se lleva a cabo un encuentro cruento en el que se respetan las reglas estamentales caballerescas; es lo que ocurre, por

ejemplo, en los duelos estudiantiles de las corporaciones universitarias alemanas. En el mundo del trabajador el decurso técnico exacto, que es en igual medida amoral y no caballeresco, reemplaza al rito. Hoy, de todos modos, el *ethos* de ese proceso aún es desconocido — y justamente el hecho de que el dolor pueda ser soportado en mayor medida apunta a ese *ethos*.

La disposición secreta de los órganos artificiales de los sentidos es indicio de la existencia de unos espacios en los que la catástrofe representa un gran papel. En esos espacios la transmisión de órdenes ha de ser más segura, penetrante e inviolable que en ninguna otra parte. Estamos acercándonos a unas situaciones en las que se precisa que una noticia, un aviso, una amenaza lleguen en pocos minutos a todas las consciencias. Detrás del carácter de diversión de los medios totales, como la radio y el cine, se esconden formas especiales de disciplina. Es de prever que también eso vaya poniéndose de manifiesto a medida que la participación, la conexión, especialmente en el servicio radiofónico, se convierta en algo obligatorio.

15

En lo que más claramente se conoce que esos fenómenos no son tanto modificaciones técnicas

cuanto una especie nueva de vida es en lo siguiente: el carácter instrumental no se limita a la zona propia del instrumento, sino que intenta someter también a sí el cuerpo humano.

Tal es en todo caso el sentido de ese proceso peculiar que denominamos «deporte» y que cabe diferenciar de los juegos de la Antigüedad en la misma medida en que cabe diferenciar nuestras olimpiadas de las olimpiadas griegas. La diferencia esencial es la siguiente: para nosotros no se trata tanto de una competición cuanto de un proceso de medición exacta. Es algo que se deriva ya del hecho de que no se requiere que estén presentes ni el adversario ni los espectadores. Lo decisivo es, antes bien, la presencia de la «segunda consciencia», que registra el resultado con la ayuda de la cinta métrica, del cronómetro, de la corriente eléctrica o de la lente fotográfica. En los sitios donde se da ese presupuesto resulta indiferente que una carrera, un lanzamiento, un salto se ejecuten en pistas contiguas o en pistas situadas una en Rodas y otra en Australia.

Nuestra extraña tendencia a fijar el récord en cifras, hasta las menores fracciones espaciales y temporales, brota de la necesidad que sentimos de estar informados con máxima exactitud de los resultados que es capaz de alcanzar el cuerpo humano como instrumento. Tales fenómenos podrán causarnos estupor, pero no cabe negar que están ahí. Se tornan absurdos en el mismo instante en que no los conocemos en su contexto simbólico.

Cuando vemos a un esquiador saltar del trampolín inmediatamente después del anterior o cuando vemos a los pilotos de competición, con sus uniformes y cascos de forma aerodinámica, pasar volando a nuestro lado como flechas, la impresión que recibimos casi no es ya discernible de la causada por una máquina construida de manera especial. Son cosas que tienen su expresión también en el aspecto externo de las personas. Aún no hace tanto tiempo que existe el deporte en el sentido en que nosotros lo entendemos y, sin embargo, ya nos parecen asombrosas las fotografías de los primeros equipos, en las que los hombres aparecen con trajes de paisano y con barbas. Ese rostro nuevo que hoy cabe encontrar en todos los periódicos ilustrados ofrece un aspecto diferente; es un rostro carente de alma, trabajado como en metal, o tallado en maderas especiales, y posee sin la menor duda una auténtica relación con la fotografía. Es uno de los rostros en que se expresa el tipo, o sea, la raza del trabajador. El deporte es una parte del proceso de trabajo; tal proceso se refleja en él incluso con especial nitidez, pues en el deporte falta lo utilitario propiamente dicho. Lo que acabamos de indicar nos permitirá ver con facilidad, dicho sea de paso, que en el fondo la conocida competición de *amateurs*, de aficionados, continúa basándose en viejas valoraciones estamentales. Con ello está relacionado el hecho de que la competición de aficionados se dé sobre todo en aquellas áreas,

como la equitación y el tenis, que siguen conservando un resto de tradición cortesana. Pero el ejercicio del deporte es sin ninguna duda una auténtica profesión.

Al contemplar esas figuras no podemos librarnos, por tanto —y ello en virtud de su pura apariencia visual—, de la impresión de que ya han quedado sustraídas en gran medida a la zona de la sentimentalidad. Esa carne disciplinada y uniformada por la voluntad con unos cuidados tan meticulosos suscita la idea de que se ha vuelto más indiferente a las heridas. El hecho de que ya hoy nos encontremos en condiciones de soportar con mayor frialdad la visión de la muerte se explica también en no pequeña medida porque ya no estamos en nuestro cuerpo, a la manera antigua, como en nuestra casa. Así es como propiamente ya no responde a nuestro estilo interrumpir una demostración de vuelo o una carrera de automóviles cuando se ha producido un accidente mortal. Incidentes de esa índole se hallan no fuera, sino dentro de la zona de una seguridad nueva.

El deporte es sólo una de las áreas en que cabe observar que el perfil humano está endureciéndose y aguzándose o también galvanizándose. No menos notable aparece el empeño de ver también la belleza corporal en el sentido de criterios de otro género. También en eso existen estrechas conexiones con la fotografía, en especial con el cine, que posee realmente un carácter de modelo.

Muchas ocasiones, como, por ejemplo, el deporte, los baños públicos, los bailes rítmicos, pero también la publicidad, han hecho que nuestros ojos se hayan habituado a la visión del cuerpo desprovisto de vestido. Son irrupciones en la zona erótica cuyo sentido aún no se ha desvelado, aunque ya cabe vislumbrarlo.

Lo que resulta especialmente instructivo en tales fenómenos propios de una edad de transición es su doble sentido; éste se exterioriza, por ejemplo, en que una modificación necesaria empieza apareciéndosele al ser humano como una especie nueva de libertad. Así, no deja de ser sorprendente ver que la psicología, un área de las más sutiles complacencias y autocomplacencias individualistas, empieza a extraer de sí súbitamente unos métodos de medición exacta. En especial los métodos psicotécnicos destacan cada vez más claramente como instrumentos con que se intenta determinar normativamente las exigencias que cabe hacer a la raza o, lo que es lo mismo, al tipo. Un concepto como el del «segundo del horror», desarrollado en conexión con el esclarecimiento* de los accidentes de tráfico, proporciona una imagen del carácter de cosa que es inherente a esas exigencias.

Señalemos todavía, para terminar, que también en la medicina el cuerpo se ha convertido en

* Por cierto que fórmulas como la de «reconstrucción de los hechos» son un indicio de una concepción modificada y en gran medida amoral de la relación de culpa. *(N. del A.)*

gran medida en un objeto. En ella destaca asimismo el doble sentido que acabamos de mencionar. Así es como la anestesia aparece por un lado como una liberación del dolor y por otro transforma el cuerpo en un objeto abierto a la intervención mecánica a la manera de una materia sin vida. Una de las pequeñas observaciones que podemos recopilar en nuestras ciudades es también la novedosa predilección por la publicidad anatómica de los medicamentos; vemos, por ejemplo, cómo actúa un somnífero sobre las diversas capas de un cerebro cortado en sentido longitudinal. Tales exhibiciones eran tabú hasta no hace muchos años.

16

Hemos venido recopilando hasta este momento toda una serie de datos de los que se desprende suficientemente que nuestra relación con el dolor se ha modificado de hecho. El espíritu que desde hace más de cien años viene dando forma a nuestro paisaje es, de ello no cabe duda, un espíritu cruel. Deja sus huellas también en los seres humanos, en los que elimina los lugares blandos y endurece las superficies de resistencia. Nosotros nos encontramos en una situación en la que todavía somos capaces de ver las pérdidas;

aún sentimos la aniquilación del valor, la superficialización y simplificación del mundo. Pero ya están creciendo unas generaciones nuevas que se encuentran muy alejadas de todas las tradiciones con las que aún nacimos nosotros; y produce un sentimiento asombroso observar a esos niños, no pocos de los cuales vivirán todavía el año 2000. Entonces se habrá desvanecido sin duda la última substancia de la edad moderna, es decir, de la edad copernicana.

Pero ya se presenta con claridad la gran situación. Es cierto que todos los verdaderos espíritus del siglo XIX tuvieron conocimiento de ella y que cada uno de tales espíritus dejó tras de sí, a partir de Hölderlin y mucho más allá de las fronteras de Europa, una doctrina secreta sobre el dolor — pues es en el dolor donde se esconde la auténtica piedra de toque de la realidad.

Hoy estamos viendo que campamentos, marchas, maniobras llenan valles y llanos. Estamos viendo que los Estados son más amenazadores y se hallan más pertrechados de armas que nunca; que en cada uno de sus detalles esos Estados se orientan al despliegue del poder; y que disponen de tropas y arsenales sobre cuyo destino no es posible albergar duda ninguna. Estamos viendo cada vez más claramente también que la persona singular va a parar a una situación en la que puede ser sacrificada sin reparos. A la vista de todas esas cosas surge esta pregunta: ¿estamos asistiendo aquí a la inauguración de aquel espectácu-

lo en el que la vida sale a escena como voluntad de poder y nada más?*

Antes vimos que el ser humano se torna capaz de contender con la agresión del dolor en la misma medida en que es capaz de extraerse a sí mismo fuera de sí mismo. Ese extraer fuera de sí la vida, ese cosificarla y objetizarla, va aumentando sin interrupción. Tras la edad de la gran seguridad ha llegado, con una rapidez asombrosa, una edad diferente, en la que preponderan las valoraciones técnicas. La lógica y la matemática que en esas valoraciones imperan son extraordinarias y admirables; vislumbramos que el juego es demasiado sutil y consecuente como para que lo hayan ideado seres humanos.

Pero nada de eso exime de responsabilidad. Cuando divisamos al ser humano en su situación solitaria, muy avanzado en el espacio peligroso y en un estado de elevada disponibilidad, la pregunta que surge por sí misma es ésta: ¿con qué punto está relacionada esa disponibilidad? Ha de ser grande *el* poder capaz de someter al ser humano a las mismas exigencias que se le hacen a una máquina. En vano buscará la mirada, sin embargo, alturas superiores al puro proceso del orden y del equipamiento bélico, alturas sustraídas a toda duda. Lo que caracteriza indudablemen-

* Jünger alude aquí al famoso fragmento 1067 con que se cierra la recopilación de textos de Nietzsche titulada *La voluntad de poder*, que termina con estas palabras: «*Este mundo es la voluntad de poder — ¡y nada más!* Y también vosotros mismos sois esa voluntad de poder — ¡y nada más!». *(N. del T.)*

te a los actores es, antes bien, la nivelación de los viejos cultos, la esterilidad de las culturas, la mezquina mediocridad.

La conclusión que nosotros sacamos de eso es que nos encontramos en una fase última del nihilismo, en una fase ciertamente muy notable, que se señala por el hecho de que unos órdenes nuevos han ocupado ya unas posiciones muy avanzadas, pero los valores correspondientes a esos órdenes aún no se han hecho visibles. El aspecto aparentemente tan contradictorio que el ser humano está brindando en esa situación se ilumina tan pronto como hemos captado la especificidad de ésta. Comprendemos la coexistencia de una gran capacidad organizadora, por un lado, y de un completo daltonismo con respecto al valor, por otro, comprendemos la fe sin contenidos, la disciplina sin legitimación — en suma, el carácter vicario de las ideas, de las instituciones y de los personajes en general. Comprendemos por qué en un tiempo tan instrumental como éste la gente querría conocer al Estado no como el instrumento más abarcador de todos, sino como una magnitud cultural, y por qué la técnica y el *ethos* se han vuelto sinónimos de una manera tan asombrosa.

Todas esas cosas son indicios que apuntan a que ya hemos atravesado completamente *el* lado del proceso que se basa en la obediencia, la instrucción, la disciplina, en suma: en la voluntad. Y nunca hubo presupuestos más favorables que ahora para la pa-

labra mágica que otorga su sentido a la virtud de las hormigas —una virtud que no hay que tener en poco— y que es superior a la voluntad pura. La relación del ser humano con la profecía delata que en lo más íntimo de sí se halla informado de la situación; en todos sus Estados el orden dado se le presenta únicamente como la base de un orden venidero o como la transición hacia él.

Pero en el seno de una situación como ésa es el dolor el único criterio que promete informaciones ciertas. En los sitios donde ningún valor resiste, el movimiento dirigido hacia el dolor permanece como un signo asombroso; en ese movimiento se delata la impronta negativa de una estructura metafísica.

La consecuencia práctica que para la persona singular se deriva de lo dicho hasta aquí es la necesidad de participar, pese a todo, en el equipamiento bélico — tanto si divisa en él la preparación para el desastre como si cree reconocer en las colinas en que las cruces se hallan carcomidas por la acción del tiempo y se han desmoronado los palacios aquella inquietud que suele preceder a la erección de nuevos estandartes del general en jefe.

La movilización total
1930

1

Al espíritu heroico le produce rechazo buscar la imagen de la guerra en un estrato que pueda ser definido por la actuación humana. Empero a ese mismo espíritu le brindan sin duda un espectáculo cautivador los múltiples encubrimientos y metamorfosis que la figura pura de la guerra ha ido sufriendo en la mudanza de los tiempos y espacios humanos.

Es un espectáculo que trae a la memoria los volcanes; siempre es el mismo el fuego telúrico que en ellos hace erupción, mas, sin embargo, los paisajes en que los volcanes llevan a cabo su trabajo son muy diversos. Así es como haber participado en una guerra significa algo parecido a haber estado en el ámbito de influencia de una de esas montañas que escupen fuego — pero no deja de haber diferencias entre el Hekla, el volcán islandés, y el Vesubio, que se alza junto al golfo de Nápoles. Lo que sí puede decirse desde luego es que la diversidad de los paisajes va desvaneciéndose a medida que nos acercamos a la ardiente garganta del cráter y que el siglo en que se lucha, las ideas por que se lucha y las armas con que se

lucha desempeñan un papel marginal en aquellos sitios donde lo que irrumpe es la auténtica pasión, esto es, sobre todo en el nudo combate, en el combate directo a vida o muerte. Pero de lo que nosotros vamos a hablar a continuación no es de esas cosas.

Lo que vamos a hacer es, antes bien, esforzarnos en recopilar algunos datos que diferencian a la última guerra, a nuestra guerra, acontecimiento el más grande e influyente de este tiempo nuestro, de otras guerras cuya historia se nos ha transmitido.

2

Quizá la mejor manera de señalar la peculiaridad específica de esa gran catástrofe sea decir que en ella el genio de la guerra se compenetró con el espíritu del progreso. Eso rige no sólo para la lucha que los países libraron entre sí, sino que rige también para la guerra civil que en muchos de ellos recogió una segunda y abundante cosecha. Ambos fenómenos, la guerra mundial y la revolución mundial, guardan entre sí una relación mucho más estrecha de lo que a primera vista parece; son los dos lados de un mismo acontecimiento cósmico y en muchos aspectos dependen el uno del otro tanto en lo que

concierne a su génesis como en lo que se refiere a su estallido.

Acerca de lo que se oculta bajo el concepto de «progreso», que es un concepto impreciso y de múltiples irisaciones, es probable que estén aguardándole a nuestro pensamiento descubrimientos extraños. No cabe duda de que el modo en que hoy nos inclinamos a burlarnos del progreso se mueve en un plano demasiado banal. Es cierto que, por lo que se refiere a la aversión al progreso, podemos invocar a todos los espíritus realmente significativos del siglo XIX — mas pese a todo el asco que nos inspiran la superficialidad y la uniformidad de las formaciones a que nos vemos enfrentados, surge la sospecha de si no será muchísimo más significativo el fondo del que esas formaciones brotan. Al fin y al cabo la propia actividad de la digestión depende de las fuerzas de una vida maravillosa e inexplicable. Hoy cabe aportar ciertamente buenas razones para probar que el progreso no es un *avance;* pero acaso más importante que esa comprobación sea preguntarse si el auténtico significado del progreso no es otro, un significado diferente, más secreto, que se sirve, como de un escondite magnífico, de la máscara de la razón, muy fácil en apariencia de abarcar con la mirada.

La seguridad con que movimientos típicamente progresistas conducen a resultados contrarios a las tendencias propias de esos movimientos es precisamente lo que induce a sos-

pechar que lo que en ellos se impone son, como por doquier en la vida, no tanto las tendencias cuanto unos impulsos diferentes y más ocultos. Con toda razón se ha complacido el espíritu en despreciar de múltiples modos las marionetas de madera del progreso — mas los delgados hilos que ejecutan los movimientos de las marionetas son invisibles.

Si lo que deseamos es instruirnos sobre la estructura de las marionetas, entonces el hilo conductor más divertido que podemos elegir es la novela de Flaubert *Bouvard y Pécuchet*. Pero si lo que queremos es ocuparnos en las posibilidades del movimiento más secreto, un movimiento que cabe atisbar más que demostrar, entonces descubriremos ya en Pascal y en Hamann una muchedumbre de pasajes instructivos.

«Pues también nuestras fantasías, ilusiones, *fallaciae opticae* y sofismas se encuentran bajo el mandato de Dios». Frases como ésa cabe encontrar muchas en Hamann; son expresión de una mentalidad que aspira a englobar en el área de la alquimia los esfuerzos de la química. Dejemos aparte la cuestión de a qué espíritu pertenece el área en que se encuentra la falacia óptica del progreso, pues nosotros trabajamos aquí no en una demonología, sino en un estudio destinado a lectores del siglo XX. Pero una cosa es segura: que sólo una fuerza de índole cultual, sólo una *fe*, pudo caer en el atrevimiento de extender hasta el infinito la perspectiva de la finalidad.

¿Y quién pondría en duda que el progreso es la gran Iglesia popular del siglo XIX — la única Iglesia que goza de una autoridad efectiva y de una fe exenta de críticas?

3

En una guerra que estalló en el seno de semejante atmósfera la relación de los diversos contendientes con el progreso tenía que desempeñar por fuerza un papel decisivo. Y, efectivamente, en esa relación es donde hay que buscar el auténtico factor moral de este tiempo, un factor provisto de irradiaciones tan sutiles e imponderables que con ellas no pueden competir ni siquiera los ejércitos más fuertes, pertrechados con las últimas armas de aniquilación de la edad de las máquinas; más aún, un factor capaz de reclutar sus propias tropas en los campamentos del adversario.

Introduzcamos aquí, para hacer intuible ese proceso, el concepto de *movilización total:* quedan ya muy lejos de nosotros los tiempos en que bastaba enviar a los campos de batalla un centenar de miles de reclutas mandados por unos jefes de confianza, tal como se describe, por ejemplo, en el *Cándido*, de Voltaire, y en que, cuando Su Majestad había perdido una *bataille*,

era la calma el primer deber de los ciudadanos.* Pero todavía en la segunda mitad del siglo XIX les fue posible a gabinetes conservadores preparar, librar y ganar guerras a las que la representación popular se enfrentaba con indiferencia e incluso con rechazo. Ciertamente eso presuponía la existencia de una estrecha relación entre el ejército y la Corona; en tal relación, que en su núcleo seguía perteneciendo al mundo patriarcal, el nuevo sistema del servicio militar obligatorio introdujo tan sólo una modificación superficial. Y eso presuponía además que los equipamientos y los costes fuesen calculables en cierto modo; ello hacía que la guerra apareciese ciertamente como un gasto extraordinario, pero no, en modo alguno, como un gasto ilimitado de las fuerzas y medios existentes. En ese sentido aun la movilización general seguía revistiendo el carácter de una medida *parcial.*

Tal restricción es algo que se halla en correspondencia no sólo con el volumen limitado de los medios, sino a la vez con una razón de Estado específica y peculiar. El monarca posee un instinto

* Alusión al famoso cartel que el gobernador militar de Berlín, conde Von der Schulenburg, mandó pegar en las calles de la ciudad tres días después de la derrota de las tropas prusianas a manos de las napoleónicas en las batallas de Jena y Auerstedt, libradas el 14 de octubre de 1806. El texto del cartel era el siguiente: *Der König hat eine Bataille verloren. Jetzt ist Ruhe die erste Bürgerpflicht. Ich fordere die Einwohner Berlins dazu auf. Der König und seine Brüder leben! Berlin, den 17. Oktober 1806. Graf v. d. Schulenburg.* [El rey ha perdido una batalla. Ahora es la calma el primer deber de los ciudadanos. Invito a los ciudadanos de Berlín a mantenerla. ¡El rey y sus hermanos están vivos! Berlín, 17 de octubre de 1806. Conde Von der Schulenburg.] *(N. del T.)*

natural que lo previene de hacer gastos superiores a sus bienes alodiales, es decir, los bienes propiedad de su Real Casa. La fundición de su propio tesoro le parece un riesgo menor que el otorgamiento de un empréstito por la representación popular; y para el instante decisivo de la batalla el monarca prefiere reservarse los hombres de su guardia que no un contingente de voluntarios. Entre los prusianos ese instinto permanece sano hasta bien entrado el siglo XIX. Se pone de manifiesto, entre otras cosas, en la enconada lucha por conseguir que el tiempo del servicio militar abarcase tres años — para la Real Casa son más fiables las tropas veteranas, mientras que el servicio militar de breve duración es una característica propia de los ejércitos de voluntarios. Incluso topamos a menudo con algo que a los hombres de hoy nos resulta casi incomprensible: la renuncia al progreso y al perfeccionamiento de los equipamientos bélicos. Mas también esos reparos tienen sus razones ocultas. Pues en cada mejora de las armas de tiro, especialmente en el incremento de su alcance, se esconde una agresión indirecta a las formas de la monarquía absoluta. Cada una de esas mejoras favorece el tiro dirigido a un blanco individualizado, mientras que la salva simboliza el mando compacto. Todavía a Guillermo I le resultaba desagradable el entusiasmo; brota de una fuente que, como el odre de Eolo, no encierra sólo la tempestad de los aplausos. La auténtica piedra de toque de un dominio no es la cantidad

de júbilo que se le dispensa, sino la guerra perdida.

La movilización parcial corresponde, por tanto, a la esencia de la monarquía. Ésta sobrepasa sus medidas en la misma proporción en que se ve forzada a dejar que en los equipamientos bélicos participen las formas abstractas del Espíritu, del Dinero, del «Pueblo», en suma, los poderes de la naciente nacionaldemocracia. Hoy podríamos decir, retrospectivamente, que sin duda era imposible renunciar del todo a dicha participación. El modo de incorporarla representa el auténtico núcleo del arte de la política del siglo XIX. Esa situación especial explica también la frase de Bismarck de que la política es el «arte de lo posible».

Ahora cabe ir observando cómo la creciente transmutación de la vida en energía y la progresiva volatilización del contenido de todos los vínculos en beneficio de la movilidad otorgan un carácter cada vez más incisivo al acto de la movilización. Decretarla continuaba siendo en muchos países, en el momento de estallar la última guerra, derecho exclusivo de la Corona, no sujeto a refrendo alguno. Son múltiples los fenómenos que condicionan lo dicho. Así es como, a la vez que se difuminan los estamentos y quedan recortados los privilegios de la nobleza, también va desdibujándose el concepto de casta guerrera; constituir la representación armada del país deja de ser el deber y el privilegio únicamente de los soldados profesionales y se convierte en tarea de

todos los hombres aptos para las armas. Así es como el enorme aumento de los costes hace imposible sufragar con un «tesoro de guerra» fijo los gastos de la conducción del conflicto; para mantener en funcionamiento la maquinaria es menester recurrir, antes bien, a toda clase de empréstitos, alistar incluso el último penique ahorrado. Así es también como la imagen de la guerra en cuanto acción armada va penetrando cada vez más en la imagen más amplia de un gigantesco proceso de trabajo; junto a los ejércitos que se enfrentan en los campos de batalla surgen los nuevos ejércitos del tráfico, del abastecimiento, de la industria de armamento — el ejército del trabajo en general. En la fase final de la última guerra, que ya apuntó en sus postreros momentos, no se efectúa ningún movimiento —ni siquiera el de una trabajadora doméstica en su máquina de coser— que no encierre una aportación bélica al menos indirecta. Donde de modo más perceptible apunta el alba de la edad del trabajo es quizás en ese alistamiento absoluto de la energía potencial; tal alistamiento transforma en fraguas de Vulcano los Estados industrializados combatientes y hace de la guerra mundial un fenómeno histórico de significado superior al de la Revolución Francesa. Para desplegar energías de tal envergadura ya no es suficiente con equipar el brazo armado — se requieren unos equipamientos que lleguen hasta el tuétano más íntimo, hasta el nervio vital más fino. Hacer realidad esos equipamientos es la ta-

rea de la movilización total, un acto mediante el cual una única maniobra ejecutada en el cuadro de distribución de la energía conecta la red de la corriente de la vida moderna —una red dotada de amplias ramificaciones y de múltiples venas— a la gran corriente de la energía bélica.

Al comienzo de la guerra mundial el intelecto humano aún no había previsto una movilización de tal envergadura; ésta apuntó ya, sin embargo, en algunas medidas aisladas, como, por ejemplo, en la intensa utilización de voluntarios y reservistas al inicio del conflicto, en las prohibiciones impuestas a las exportaciones, en las normas de la censura, en las modificaciones del valor de las divisas. Ese proceso fue intensificándose cada vez más en el curso de la guerra; mencionemos como ejemplos el control y la planificación de las materias primas y de los alimentos, la conversión de la relación de trabajo en relación de milicia, la obligación de prestar servicios civiles, el equipamiento de los buques mercantes con armas, la insospechada ampliación de las competencias de los Estados Mayores, el «programa Hindenburg», la lucha de Ludendorff por conseguir la identidad del mando militar y el mando político.

Sin embargo, a pesar de los espectáculos tan grandiosos como terribles de las tardías batallas de material, en las que celebró sus cruentos triunfos el talento organizativo humano, no llegaron a alcanzarse las últimas posibilidades; aunque nos limitemos a considerar sólo el lado técnico de ese

proceso, sólo cabe alcanzarlas cuando la imagen del proceso bélico se halla ya inscrita en el orden de la situación de paz. Así estamos viendo cómo en muchos Estados de la posguerra los nuevos métodos de los equipamientos bélicos están ya cortados a la medida de la movilización total.

Podemos aducir aquí fenómenos como los crecientes recortes impuestos a la libertad individual, una libertad que ciertamente fue desde siempre una reivindicación problemática. Esa ofensiva contra la libertad individual —ofensiva cuya tendencia tiene como objetivo que no exista nada que *no* quepa concebir como una función del Estado— la encontramos primero en Rusia y en Italia, pero más tarde también en Alemania, y cabe prever que todos los países en que estén vivas unas pretensiones mundiales habrán de ejecutar necesariamente tal ofensiva, para estar a la altura del desencadenamiento de fuerzas de nueva índole. De esos fenómenos forma parte además la valoración, surgida en Francia, de las relaciones de poder desde el ángulo de visión de la *énergie potentielle*, y asimismo la colaboración, ya iniciada en la paz, entre los Estados Mayores y la industria, colaboración de la que dieron ejemplo los Estados Unidos de Norteamérica. Los planteamientos que tocan el núcleo más íntimo de los equipamientos bélicos son aquellos mediante los cuales la literatura alemana sobre la guerra forzó a la consciencia general a formarse sobre las cuestiones bélicas juicios en apariencia rezaga-

dos, pero en realidad dirigidos al futuro. El «plan quinquenal» ruso situó al mundo por vez primera ante una tentativa de unificar en un *único* cauce la totalidad de los esfuerzos de un gran imperio. Lo que aquí resulta aleccionador es ver cómo el pensamiento económico da un vuelco. La «economía planificada», que es una de las últimas consecuencias de la democracia, va más allá de sí misma y se convierte en un despliegue de poder en general. Ese vuelco cabe observarlo en muchos fenómenos de nuestro tiempo; la gran presión de las masas se muda bruscamente en formaciones cristalinas.

Pero no sólo el ataque exige esfuerzos extraordinarios, sino que también los exige la defensa y quizá sea en ella donde más clara se torne la coacción a que está sometido el mundo. De igual manera que toda vida alumbra ya también, al nacer, el germen de su muerte, así la salida a escena de las grandes masas implica una democracia de la muerte. Tenemos ya a nuestras espaldas la edad del tiro de precisión, del tiro disparado a un blanco individual. El jefe de una escuadrilla aérea que desde las alturas nocturnas da la orden de efectuar un ataque con bombas no conoce ya ninguna distinción entre combatientes y no combatientes, y la mortífera nube de gas es algo que se propaga cual un elemento sobre todos los seres vivos. La posibilidad de tales amenazas tiene como presupuesto, empero, no una movilización parcial ni una movilización general, sino una mo-

vilización *total,* la cual se extiende hasta el niño que yace en la cuna. Ese niño está amenazado como todas las demás personas, incluso más que ellas.

Muchas son las cosas de este género que cabría nombrar — pero basta contemplar esta nuestra vida misma en su completo desencadenamiento y en su implacable disciplina, con sus zonas humeantes e incandescentes, con la física y la metafísica de su tráfico, con sus motores, sus aeroplanos, sus ciudades donde viven millones de personas, basta contemplar esas cosas para vislumbrar con un sentimiento de horror mezclado de placer que en ninguna de ellas hay un solo átomo que *no* esté trabajando y que nosotros mismos nos hallamos adscritos en lo más hondo a ese proceso frenético. Más que ser ejecutada, la movilización se ejecuta a sí misma; ella es tanto en la guerra como en la paz la expresión de la exigencia misteriosa y coercitiva a que nos somete esta vida en la edad de las masas y las máquinas. Y así ocurre que cada vida individual se convierte cada vez más claramente en una vida de trabajador y que las guerras de los caballeros, de los reyes y de los burgueses van seguidas de las guerras de los *trabajadores* — guerras de cuya estructura racional y de cuya índole implacable nos ha proporcionado ya un atisbo la primera gran confrontación del siglo XX.

4

Hemos rozado de pasada el lado técnico de la movilización total. Su perfeccionamiento puede seguirse desde las primeras levas ordenadas por el gobierno de la Convención francesa y desde la reorganización del ejército prusiano efectuada por Scharnhorst hasta los programas dinámicos de equipamientos bélicos llevados a cabo en los últimos años de la guerra mundial; durante ellos los países se transformaron en fábricas gigantescas que producían ejércitos en cadena para enviarlos día y noche a los campos de batalla, donde el papel del consumidor era asumido por un desgaste cruento que asimismo se había vuelto muy mecánico. Aun siendo muy penosa la impresión que cabalmente al ánimo heroico le causa la monotonía de ese espectáculo —un espectáculo que hace pensar en el funcionamiento exacto de una turbina alimentada con sangre—, ninguna duda puede caber, empero, acerca de su significado simbólico inmanente. En él se revela una lógica rigurosa, la dura impronta dejada por un tiempo en el medio bélico.

El lado técnico de la movilización total no es, sin embargo, el decisivo. Antes bien, igual que el presupuesto de toda técnica, también el de la movilización total se halla a mayor profundidad: *disponibilidad* a la movilización llamaremos aquí a

ese presupuesto. En todos los países estaba presente esa disponibilidad; la guerra mundial ha sido una de las más populares que conoce la historia, y ello ya por el mero hecho de acontecer en un tiempo que de antemano hacía aparecer como excluidas las guerras que no fuesen populares. Además, si se prescinde de pequeñas guerras coloniales y de pillaje, los pueblos habían estado disfrutando de un periodo relativamente largo de paz. Mas al comienzo de esta investigación prometimos dejar de lado por el momento la descripción del estrato elemental, esa mezcla de pasiones salvajes y pasiones excelsas que le es consubstancial al ser humano y que lo hace accesible en todos los tiempos a la llamada de la guerra. Lo que nosotros queremos intentar es, antes bien, desenmarañar el concierto de los múltiples toques de corneta que iniciaron esa confrontación especial y acompañaron su decurso.

En ninguno de los sitios donde nos topamos con esfuerzos de tal envergadura, ya se expresen en construcciones poderosas como las pirámides y las catedrales, ya se manifiesten en guerras que hacen vibrar hasta el último nervio vital —y la marca especial de esos esfuerzos es el estar desprovistos de finalidad—, en ninguno de esos sitios, decimos, salimos adelante con explicaciones económicas, por más esclarecedoras que sean; tal es también el motivo de que la escuela del materialismo histórico únicamente sea capaz de rozar la superficie del proceso. *Cuando se trata de*

esfuerzos de ese género hemos de dirigir nuestra primera sospecha, antes bien. a un fenómeno de rango cultual.

Al hacer antes la observación de que nosotros tenemos al progreso por la gran Iglesia popular del siglo XIX estábamos señalando ya el estrato en el que sospechamos reside la llamada eficaz, la llamada cuya ayuda es la única con la que cabe ejecutar la parte principal, es decir, la parte de fe, de la movilización total de las masas gigantescas que había que ganar para que participasen en la última guerra. A esas masas les resultaba tanto más imposible sustraerse a la llamada cuanto más se apelase a sus convicciones, esto es, cuanto más puramente expresasen un contenido progresista las tendencias de las grandes consignas mediante las que ellas fueron movilizadas. Por mucho que esas consignas tengan con frecuencia un colorido tosco y chillón, de su eficacia no puede caber la menor duda; se asemejan a los abigarrados filopos con que en las batidas de caza se encamina a las piezas hacia las escopetas.

Ni siquiera a la mirada superficial, que intenta efectuar una clasificación puramente geográfica de los beligerantes en vencedores y vencidos, ni siquiera a esa mirada puede escapársele la ventaja que tenían los países «avanzados»; es una ventaja en la que parece imperar una especie de automatismo, en el sentido de las teorías darwinianas de la selección de «los más aptos». Especialmente el fenómeno siguiente pone de manifiesto la exis-

tencia del citado automatismo: tampoco países pertenecientes al grupo de los vencedores, como Rusia e Italia, escaparon a una destrucción global de su estructura estatal. Vista a esa luz la guerra aparece como una piedra de toque insobornable, que efectúa sus valoraciones de conformidad con unas leyes estrictas y propias — como un terremoto que pone a prueba los cimientos de todos los edificios.

Queda claro además que en la época tardía de la fe en los derechos universales del hombre las monarquías son especialmente sensibles a las destrucciones de la guerra. Por el polvo rodaron, además de numerosas Coronas pequeñas, las Coronas siguientes: la alemana, la prusiana, la rusa, la austriaca y la turca. Austria-Hungría, el Estado en que el mundo de las formas medievales aún seguía llevando una vida fantasmal, como en una isla perteneciente a un periodo geológico pretérito, Austria-Hungría se rompe en pedazos como un edificio lanzado a los aires por una explosión. Y el último absolutismo de Europa en el sentido antiguo de la palabra, el absolutismo zarista, sucumbe a una guerra civil que lo devora, en medio de síntomas atroces, como una epidemia largo tiempo reprimida.

Resulta llamativa por otro lado la insospechada fuerza de resistencia que tuvo, incluso en una situación de gran debilidad física, la estructura progresista. Así es como en la represión del motín sumamente peligroso que estalló en 1917

en el ejército francés se revela un segundo milagro del Marne, un milagro moral, más sintomático de esa guerra que el milagro puramente militar del año 1914. Así es como en los Estados Unidos de Norteamérica, un país de Constitución democrática, la movilización pudo iniciarse tomando unas medidas rigurosísimas, tanto, que no había sido posible tomarlas iguales en un Estado militar como era Prusia, el país del voto censitario. ¿Y quién pondría en duda que el país que salió de esa guerra como visible vencedor fue Norteamérica, el país «sin castillos en ruinas, sin basaltos, sin historias de caballeros, bandidos y fantasmas»?* Ya en ese país lo que importó no fue el grado en que un Estado fuese o no fuese un Estado militar, sino el grado en que fuese capaz de efectuar una movilización total.

Alemania, sin embargo, aunque hubiese ganado la batalla del Marne y hubiese ganado también la guerra submarina, tenía necesariamente que perder la guerra en su conjunto; y tenía que perderla porque, no obstante la responsabilidad con que había preparado la movilización parcial, sustrajo grandes áreas de su fuerza a la movilización total y por el mismo motivo —puramente por el carácter interno de sus equipamientos bélicos— estaba sin duda en condiciones de obtener, sobrellevar y sobre todo aprovechar un éxito

* Las expresiones aquí citadas por Jünger corresponden a tres versos distintos de una breve poesía de Goethe titulada «A los Estados Unidos», que fue publicada por vez primera en 1831. *(N. del T.)*

parcial, mas no el éxito total. Para adscribir *ese* éxito a las armas alemanas habría sido menester prepararse para un Cannas diferente y no menos significativo que aquel al que estuvo dedicado el trabajo de toda la vida de Schlieffen.

Mas antes de extraer ulteriores conclusiones de lo dicho intentaremos todavía ilustrar con algunos detalles la relación existente entre el progreso y la movilización total.

5

Al espíritu que intente captar en sus cambiantes timbres el vocablo *progreso* se le aparecerá evidente que en tiempos en que eran ajusticiados en público y entre tormentos espantosos un Ravaillac e incluso un Damiens, cual si fueran engendros del infierno, el asesinato político perpetrado en la personalidad de un príncipe tenía que lesionar un estrato más poderoso, más enraizado en la fe, que no en el siglo que sigue a la ejecución de Luis XVI. Ese espíritu hallará que en la jerarquía del progreso un príncipe pertenece a un género de personas que no disfruta en absoluto de especiales simpatías.

Supongamos por un instante la siguiente idea grotesca: que un importantísimo jefe de publicidad hubiera de preparar la propaganda para una

guerra moderna y que para desencadenar la primera oleada de excitación tuviese a su disposición dos medios, a saber: el asesinato de Sarajevo y la violación de la neutralidad belga. No puede caber duda de cuál sería, de esos dos medios, aquel del que se prometería ese jefe de publicidad el mayor efecto. Por muy casual que pueda parecer el pretexto externo de la guerra mundial, encierra un significado simbólico, por cuanto lo que entra en colisión en los autores del crimen de Sarajevo y en su víctima, el heredero de la Corona de Habsburgo, son el principio nacional y el principio dinástico — el moderno «derecho de autodeterminación de los pueblos» y el principio de legitimidad, restaurado a duras penas en el Congreso de Viena por una política de viejo estilo.

Es bueno ciertamente ser intempestivo en el recto sentido de la palabra y desplegar una actividad vigorosa en el espíritu de desear conservar lo tradicional. Pero eso tiene como presupuesto la fe. Ahora bien, de la ideología de las potencias centrales cabe decir que no era ni tempestiva ni intempestiva ni tampoco superior al tiempo. Esas potencias eran a la vez tempestivas e intempestivas y el resultado no podía ser otro que una mezcolanza de falso romanticismo y liberalismo deficiente. Al observador no puede escapársele la existencia de una predilección por el empleo de requisitos anticuados, por un estilo tardorromántico, en especial el estilo de la ópera wagneriana. De eso forman parte expresiones como «lealtad

nibelunga»* y las expectativas puestas en el éxito de la proclamación de la guerra santa del islam. Bien entendido que aquí estamos hablando de cuestiones técnicas, de cuestiones de escenificación — de la movilización de la substancia, pero no de la substancia misma. Mas fue precisamente en fallos de esa índole donde apuntó la defectuosa relación que la capa dirigente de las potencias centrales mantenía tanto con las masas como asimismo con los poderes más profundos.

Así es como también la impremeditada frase genial por la que se calificó de «pedazo de papel» la Constitución belga** adolece del defecto de haber sido pronunciada con ciento cincuenta años de retraso y brotar de una actitud que acaso había comprendido el romanticismo del prusianismo, pero que en su núcleo no era prusiana. A Federico el Grande sí le habría sido lícito hablar de esa manera y burlarse, en el sentido de la Ilustración absolutista, de los pergaminos amarillentos, pero Bethmann Hollweg tenía que saber que en nuestros días un pedazo de papel, un pedazo de papel, por ejemplo, en el que esté escrita una Constitución, significa algo parecido a lo que significa en el mundo católico una hostia consagrada, y que

* Expresión empleada por el canciller alemán Von Bülow en un discurso pronunciado ante el Reichstag el 29 de marzo de 1909, para definir el tipo de relaciones existentes entre el Reich alemán y Austria-Hungría. Fue frase muy repetida por la propaganda de las potencias centrales en la primera guerra mundial. *(N. del T.)*

** Así es como calificó a la Constitución belga el canciller alemán Theobald von Bethmann Hollweg (1856-1921) en la última conversación mantenida con el embajador inglés en Berlín, Sir Edward Goschen, el 4 de agosto de 1914. *(N. del T.)*

sin duda puede cuadrarle bien al absolutismo romper los tratados, pero que el punto fuerte del liberalismo consiste en interpretarlos. Estúdiese el intercambio de notas que precedió a la entrada de los Estados Unidos de Norteamérica en la guerra mundial y se topará en él con un principio que habla de «libertad de los mares». Es un buen ejemplo del modo como en semejante tiempo cabe otorgar al interés propio rango de postulado humanitario — de cuestión general que afecta a la humanidad. La socialdemocracia alemana, uno de los apoyos principales del progreso en Alemania, había captado la parte dialéctica de su tarea, por cuanto equiparó el sentido de la guerra a la destrucción del régimen zarista, que era un régimen antiprogresista.

¿Mas qué puede significar eso frente a las posibilidades de que disponía el Oeste para movilizar a las masas? ¿Quién discutiría que la *civilisation* tiene con el progreso una ligazón más íntima que la que posee la *Kultur* y que aquélla es capaz de hablar en las grandes urbes su lenguaje natural y sabe manejar medios y conceptos a los que la cultura se enfrenta sin tener ninguna relación con ellos e incluso de manera hostil? La cultura no es algo que pueda ser aprovechado propagandísticamente, e incluso una actitud que quiera utilizarla en ese sentido es una actitud que se ha enajenado de ella — así es como a los alemanes nos deja indiferentes o incluso nos llena de tristeza ver cómo las cabezas de nuestros gran-

des espíritus son reproducidas millones de veces en los sellos de Correos o en los billetes de Banco.

Estamos muy lejos, sin embargo, de querer lamentar lo inevitable. Lo único que aseguramos es que en esa lucha le estuvo negado a Alemania lanzar convincentemente al combate en favor suyo el Espíritu del Tiempo, cualquiera que éste fuese. Y asimismo le estuvo negado instaurar como válido ante su propia consciencia o ante la consciencia del mundo un principio que fuese superior al citado Espíritu del Tiempo. Lo que vemos es, antes bien, la búsqueda, realizada en parte en espacios románticos e idealistas y en parte en espacios racionalistas y materialistas, de aquellos signos e imágenes que el combatiente aspira a prender en sus banderas. Mas la validez que habita en esos espacios, pertenecientes en parte al pasado y en parte a un círculo vital ajeno al genio alemán, no basta para asegurar a la entrada en acción de los hombres y las máquinas el último grado de confianza que venía exigido por el terrible duelo librado contra todo un mundo.

De ahí que hayamos de esforzarnos tanto más en saber que la materia elemental, la fuerza primordial de nuestro pueblo, no fue afectada por eso y permaneció intacta. Con admiración vemos cómo al comienzo de esa cruzada de la razón a que fueron convocados, bajo el sortilegio de una dogmática tan clara y tan evidente, todos los pueblos del mundo, hay una juventud alemana que clama por las armas — una juventud tan ardiente,

tan entusiasta, tan ávida de muerte como apenas ha habido otra en toda nuestra historia.

Si a uno de esos jóvenes alemanes se le hubiera preguntado qué era aquello para luchar en favor de lo cual marchaba él al frente, desde luego habría podido contarse con una respuesta poco clara. Difícilmente se le habría oído decir que se trataba de la lucha contra la barbarie y la reacción o de la lucha por la civilización, por la liberación de Bélgica o por la libertad de los mares — pero acaso se habría escuchado esta respuesta: «Por Alemania», que era la frase con que se lanzaban al ataque los regimientos de voluntarios.

Y, sin embargo, ese sordo fervor que en ellos ardía por una Alemania inexplicable e invisible fue suficiente para efectuar un esfuerzo tal que hizo temblar a los pueblos hasta en su tuétano. ¿Qué no habría conseguido si hubiera poseído ya una dirección, una consciencia, una *figura?*

6

En cuanto medida tomada por el pensamiento organizador la movilización total es tan sólo un indicio de una movilización más alta, la que nuestro tiempo está efectuando en nosotros. *Esta* movilización tiene una legalidad propia, y paralela a

ella habrá de marchar la ley humana si pretende ser eficaz.

Nada puede corroborar mejor esta tesis que el hecho de que durante la última guerra consiguiesen hacer aparición fuerzas cuya dirección era contraria a ella, pero que tienen con los poderes bélicos un parentesco más estrecho de lo que acaso pueda parecer. La movilización total cambia de área, pero no de sentido, cuando empieza a poner en movimiento a las masas de la guerra civil en vez de a los ejércitos de la guerra exterior. En ese momento su acción irrumpe en espacios a los que es incapaz de acceder la orden de la movilización militar. Es como si las fuerzas que no pudieron ser alistadas para la guerra exigieran ahora también su parte en la intervención cruenta. O sea: una guerra será tanto más segura y tanto más imperturbable en su decurso cuanto más unitaria y profundamente sepa reclamar de antemano para sí la suma de todas las fuerzas.

Ya vimos que en Alemania el espíritu del progreso sólo pudo ser movilizado de manera incompleta. En cambio en Francia, por ejemplo, la situación era mucho más favorable en este aspecto, y eso lo advertimos, entre otros mil ejemplos, en Barbusse. Barbusse, que en sí era un adversario declarado de la guerra, no vio, sin embargo, ninguna otra posibilidad de ser consecuente con sus ideas que afirmar por lo pronto *esta* guerra, pues ella se reflejaba en su consciencia como una lucha del progreso, de la civilización, del humani-

tarismo, más aún, de la propia paz, contra un elemento que se resistía a todas esas cosas. «Hay que matar la guerra en el vientre de Alemania.»*

Por muy complicada que pueda aparecer esa dialéctica, su resultado es vinculante. Un hombre que parece poseer el mínimo grado imaginable de inclinación por la confrontación bélica no se ve, sin embargo, en condiciones de rechazar el fusil que el Estado le ofrece, pues no le es dada a su consciencia la posibilidad de otra salida. Podemos observar a ese hombre montando guardia en el yermo infinito de las trincheras, mientras tortura su cerebro, y, llegado el momento, abandonarlas, igual que todos los demás, para lanzarse al ataque atravesando la horrenda barrera de fuego de la batalla de material. Mas, a la postre, ¿qué hay de extraño en ello? Barbusse es un guerrero como todos los demás, un guerrero del humanitarismo; y el humanitarismo no puede prescindir ni del tiro de barrera ni de los ataques con gas ni tampoco de la guillotina, de igual manera que tampoco la Iglesia cristiana pudo prescindir de la espada del brazo secular. Cierto es que para ser movilizado en tal grado tenía un Barbusse que vivir en Francia.

Los Barbusses alemanes se encontraron con una situación más difícil. Sólo algunas inteligencias aisladas se trasladaron desde el primer día a

* Es la frase en que culmina el relato bélico del escritor francés Henri Barbusse (1873-1935) titulado *Le fou. Journal d'une escouade* [El fuego. Diario de una escuadra]. Publicado en 1916, ese relato obtuvo el premio Goncourt y dio gran popularidad a su autor. *(N. del T.)*

territorio neutral y se decidieron a sabotear abiertamente la conducción de la guerra. Pero la inmensa mayoría de ellas trató de integrarse en el marco del movimiento en marcha. Ya hemos mencionado el ejemplo de la socialdemocracia alemana. Aquí prescindimos del hecho de que, no obstante su dogmática internacionalista, esa socialdemocracia se *componía* de *trabajadores* alemanes y de que por ello podía ser movida también por el heroísmo. No, también en su propia ideología avanzó esa socialdemocracia hacia una revisión, que más tarde le fue echada en cara como «traición al marxismo». La manera como se efectuó en sus detalles semejante revisión podemos verla, por ejemplo, en los discursos que durante las jornadas críticas pronunció el dirigente socialdemócrata y diputado del *Reichstag* Ludwig Frank, quien, por cierto, cayó muerto de un tiro en la cabeza en los combates librados en torno a Noissoncourt en septiembre de 1914; tenía 40 años y se había alistado como voluntario. «Pero nosotros, compañeros sin patria, sabemos que, aunque hijastros, somos, sin embargo, hijos de Alemania y que tenemos que conquistarnos nuestra patria luchando contra la reacción. Cuando estalla una guerra, también los soldados socialdemócratas cumplen a conciencia su deber» (29 de agosto de 1914). En esta instructiva frase se encuentran ya escondidas como en una semilla las figuras de la guerra y de la revolución, que el destino tenía preparadas.

A quien desee estudiar en sus pormenores esa

dialéctica las colecciones de los periódicos y revistas progresistas que se publicaron en Alemania durante los años de la guerra le brindan una gran cantidad de pequeños materiales. Así es como Maximilian Harden, director de la revista *Die Zukunft* [El porvenir] y tal vez el periodista más conocido de la época guillermina, comenzó a armonizar su actividad pública con los objetivos propugnados por el Alto Estado Mayor. Señalemos aquí, sólo por el interés que tiene como síntoma, que Maximilian Harden supo representar el radicalismo de la guerra con iguales dotes de comediante con que más tarde representaría el radicalismo de la revolución. Y así es como la revista *Simplizissimus,* que había usado el arma del humor nihilista para crear ambiente desfavorable contra el ejército, igual que contra todos los demás vínculos, adoptó en ese momento una actitud chovinista. Por cierto que cabe señalar que la calidad de esa revista disminuye en igual medida en que aumenta en ella el elemento patriótico — es decir, en que abandona el campo donde está su fuerte.

Acaso sea en la personalidad de Rathenau donde de modo más claro se manifiesta la escisión interna que aquí impera; para quien se esfuerce en hacer justicia a esa figura, Rathenau le confiere un rango trágico. ¿Cómo es posible que un hombre como Rathenau, que fue movilizado en un grado significativo, que intervino en la organización de los grandes equipamientos bélicos y que todavía poco antes del hundimiento había

estado ocupado en el pensamiento de un «levantamiento en masa», cómo es posible que ese mismo hombre pudiera pronunciar la conocida frase de que la historia del mundo habría perdido su sentido si los representantes del Reich hubieran entrado en Berlín como vencedores por la puerta de Brandenburgo?* En esto se muestra muy claramente cómo una movilización somete a sí las capacidades técnicas de un ser humano, pero es incapaz de penetrar en su núcleo.

7

El júbilo con que acogieron la derrota el ejército secreto y el Estado Mayor secreto poseídos por el progreso en Alemania, mientras aún se enfrentaban al enemigo los últimos guerreros, pareció el júbilo por una batalla ganada. El progreso fue el mejor aliado de los ejércitos del Oeste, que pronto rebasarían el Rin; fue su caballo de Troya. La aceptación del nuevo espíritu se expresó en las escasas protestas con que las autoridades establecidas abandonaron precipitadamente sus puestos.

* A poco de comenzar la primera guerra mundial Walther Rathenau (1867-1922) le dijo a un amigo estas palabras: «Nunca llegará el momento en que el emperador atraviese como vencedor del mundo con sus paladines, montados en caballos blancos, la Puerta de Brandenburgo. ¡Ese día la historia del mundo habría perdido su sentido!». *(N. del T.)*

No había ninguna diferencia esencial entre quienes jugaban en un lado y quienes jugaban en el lado contrario.

Ese es también el motivo de que en Alemania la revolución se llevase a cabo en formas relativamente inocuas. Así es como los ministros socialdemócratas del Imperio guillermino pudieron seguir jugando durante las jornadas decisivas con la idea de mantener la Corona. ¿Qué otra cosa podría haber significado eso sino un asunto de fachada? Hacía ya mucho tiempo que el edificio estaba tan gravado con hipotecas progresistas que no quedaba la menor duda sobre quién era su efectivo propietario.

Pero aún hay otro motivo que hizo que la mutación no se produjese en Alemania con tanto ardor como en Rusia, un motivo diferente de que fueran las propias autoridades las que habían preparado tal mutación. Antes hemos visto que en Alemania una gran parte de las fuerzas progresistas fue empleada por la conducción de la guerra. La cantidad de movimiento gastada en eso no podía ser ya utilizada para la confrontación interna. Para decirlo de manera personal: no es lo mismo que suban al poder unos antiguos ministros que una aristocracia revolucionaria forjada en el destierro de Siberia.

Alemania perdió la guerra ganando un mayor espacio del Oeste, ganando la civilización, la libertad y la paz entendidas en el sentido de Barbusse. Mas cómo podía aguardarse un resultado

diferente, si se había asegurado con todo énfasis que se participaba en esos valores y a ningún precio se habría osado llevar el combate fuera de aquel «muro que ciñe a Europa». Eso habría presupuesto un alumbramiento más hondo de los valores propios, habría presupuesto otras ideas y otros aliados. Con el optimismo del progreso y mediante él habría sido posible abrir galerías hasta la substancia, como está apuntando ahora en Rusia.

8

Si contemplamos el mundo que ha surgido de la catástrofe — ¡qué unidad de acción, qué cantidad de rigurosa lógica histórica! Realmente el éxito no habría sido más claro si todas las formaciones espirituales y materiales no pertenecientes a la civilización que, rebasando el final del siglo XIX, han llegado hasta nuestros días hubieran sido reunidas en un espacio reducido y se hubiese abierto fuego contra ellas con todos los cañones del mundo.

Al viejo carillón del Kremlin lo han puesto a tocar la melodía de la Internacional. En Constantinopla los escolares deletrean la escritura latina en vez de los antiguos arabescos del Corán. En Nápoles y en Palermo policías fascistas regulan

de acuerdo con los principios de la disciplina circulatoria moderna el tumulto de la vida meridional. En los más lejanos y todavía casi fabulosos países del mundo se inauguran edificios destinados a albergar Parlamentos. Sin cesar va aumentando la índole abstracta y, por tanto, también cruel de todas las relaciones humanas. El patriotismo está siendo sustituido por un nacionalismo nuevo, fuertemente impregnado de elementos conscientes. En el fascismo, en el bolchevismo, en el americanismo, en el sionismo, en los movimientos de los pueblos de color se dispone el progreso a efectuar avances que hasta hace poco se hubieran tenido por impensables; por así decirlo, tras un círculo recorrido por la dialéctica artificial, el progreso da un vuelco con el fin de proseguir su movimiento en un plano muy sencillo. Ahora está empezando a someter a sí los pueblos bajo unas formas que ya son poco distintas de las de un régimen absolutista, si quiere prescindirse de la cantidad mucho menor de libertad y bienestar. Son muchos los sitios donde ya casi se ha desprendido la máscara humanitarista; en su lugar aparece un fetichismo medio grotesco medio bárbaro de la máquina, un ingenuo culto de la técnica. Y eso está ocurriendo precisamente en lugares en que la gente no posee una relación directa y productiva con las energías dinámicas, de cuya destructora marcha triunfal son mera expresión bélica los cañones de largo alcance y las escuadrillas de combate equipadas con bombas. Si-

multáneamente crece el aprecio de las masas; la cantidad de asentimiento, de «público», está convirtiéndose en el factor decisivo de la política. En especial el socialismo y el nacionalismo son las dos grandes piedras de molino entre las cuales tritura el progreso los restos del mundo viejo y finalmente se tritura a sí mismo. Durante un espacio de tiempo que ha durado más de un siglo la «derecha» y la «izquierda» han estado jugando a la pelota con las masas cegadas por la ilusión óptica del derecho de sufragio; siempre parecía que en uno de los adversarios continuaba habiendo un refugio frente a las exigencias del otro. Pero hoy va quedando cada vez más claramente al descubierto el hecho de la identidad de esos dos adversarios, y hasta el sueño de la libertad está desvaneciéndose como entre las mandíbulas de hierro de unas tenazas. Es un espectáculo grandioso y terrible ver los movimientos de las masas —unas masas de conformación cada vez más uniforme—, a las que está tendiendo sus redes el *Weltgeist,* el Espíritu del Mundo. Cada uno de esos movimientos contribuye a su captura, que es más y más rigurosa e implacable; y aquí actúan especies de coacción más fuertes que la tortura: tan fuertes que el ser humano las acoge con júbilo. El Dolor y la Muerte están al acecho detrás de cada salida marcada con los símbolos de la felicidad. Afortunado quien penetre bien equipado en esos espacios.

Mirada retrospectiva
23 de agosto de 1980

Casi a los cincuenta años de que apareciera este escrito mío, cuando hace ya mucho tiempo que vengo ocupándome en otras cuestiones, acabo de efectuar en él una revisión, ahora definitiva. Dado que ha sido reimpreso a menudo, son varias las veces en que lo he revisado en el curso de los decenios. Lo que yo pretendía al someterlo a esa prueba era liberar de sus circunstancias accidentales el núcleo substancial.

Al lector que lea sin prejuicios este escrito no se le escapará que el citado núcleo mantiene su vigencia tanto antes como ahora y que es posible que continúe manteniéndola durante mucho tiempo todavía. Los equipamientos bélicos de las potencias mundiales han adquirido unas dimensiones planetarias; con ello está en correspondencia el potencial de esos equipamientos. También Estados pequeños, cuando se encuentran en una situación apurada, amenazan con recurrir a la movilización total, como ha hecho hace poco Etiopía, por ejemplo. Es un concepto que ha penetrado en la política, penetrado tanto en su polémica como también en la realidad. Todo el

mundo se equipa bélicamente y todo el mundo le reprocha eso al otro. Se lo siente como un círculo vicioso y a la vez se lo celebra en desfiles.

Es manifiesto que lo que este escrito vio en su momento fue algo perteneciente al orden de los principios. Al quitarle al núcleo su cáscara lo que se pretende es liberar esa visión. Frente a ésta se torna secundaria la situación existente entre las dos guerras mundiales, en especial la situación de un joven alemán tras cuatro años de esfuerzos mortales y tras el Tratado de Versalles. Eso no modifica en nada el significado *histórico* de esa situación; para ella continúa teniendo vigencia la primera versión de este escrito.

Fuego y movimiento
1930

Era de aguardar que en la edad de la técnica sufriesen los medios y métodos de la conducción de la guerra unas modificaciones más rápidas y radicales que todas las observadas con anterioridad en las mudanzas de los encuentros hostiles habidos entre seres humanos. Los grandes acontecimientos han confirmado que estaban bien justificadas las conjeturas que suponían que la técnica influiría en la confrontación bélica. No faltaron desde luego sorpresas en el transcurso de la guerra mundial, pero las modificaciones ocurridas poseen una cierta constancia, de modo que puede decirse que, más que una alteración súbita, lo que hubo fue una mera evolución de los modos de combatir.

También en la guerra ocurre lo mismo que en todas las demás áreas de la actividad humana: que las corrientes conservadoras y las revolucionarias fluyen las unas al lado de las otras. La gente tiende a buscar el secreto de la victoria en la magia de las armas que la lograron, y tras ganar una guerra el ejército vencedor cree seguir disponiendo durante bastante tiempo de la receta

que garantiza el éxito. Por otro lado no existe ningún otro espacio en que la experimentación resulte tan peligrosa como en el espacio de la guerra, pues aquí el destino influye sobre la vida con más fuerza que en todos los demás sitios y otorga un significado decidido e irrevocable a cada uno de los pasos que se dan. Eso hace que dé que pensar toda innovación que se apoye tan sólo en consideraciones puramente teóricas y no posea un buen núcleo de experiencia. De ahí que los métodos y formas nuevos no sean lanzados al combate con esa impetuosidad que constituye el encanto de las utopías militares aparecidas en gran número antes y después de la guerra mundial. Lo que por el contrario ocurre es que en la mayoría de los casos las armas nuevas o las maneras modificadas de combatir van incorporándose a la imagen de la guerra sólo paulatinamente; lo hacen con titubeos y al principio quedan limitadas a escenarios pequeños.

A lo anterior se añade que la guerra es una situación extraordinaria y que el empleo de las armas queda interrumpido por largos periodos de paz. Es cierto que también durante ellos hacen progresos los equipamientos bélicos y la instrucción; mas no son apoyados por esa experiencia, la más viva de todas, que va incluida en los procesos que se desarrollan en el campo de batalla.

La experiencia bélica representa ciertamente un capital y de él se nutre en tiempos de paz la noción que el soldado se forma de la guerra; pero

a medida que ésta se hunde en el pasado, el valor del citado capital va disminuyendo. La gente olvida muy pronto la vida interna de la guerra y treinta años de paz imprimen ya a tal vida el sello de lo fabuloso e inimaginable.

Al mismo tiempo va produciéndose, empero, un aumento constante de las posibilidades bélicas, pues la guerra no es una situación que esté sujeta enteramente a sus leyes propias, sino que es otro lado de la vida, un lado que raras veces sale a la superficie, pero que se halla estrechamente ligado a ella, a la vida. Y así como no es la guerra una parte de la vida, sino que otorga expresión a la vida en toda su violencia, así esta vida misma es de naturaleza enteramente bélica en su fondo. De ahí que la paz alimente sin interrupción las posibilidades de la guerra y que, igual que cambian los tiempos, cambie también la guerra.

No cabe desconocer de todos modos un cierto retraso con que una época otorga expresión bélica a sus medios. Así es como trascurre un lapso de tiempo entre la invención de la pólvora y el empleo de las armas de fuego, o entre el aprovechamiento de la fuerza del vapor y la aparición de los primeros buques de guerra impulsados por máquinas. El adelanto que unos pueblos llevan sobre otros dentro de ese lapso de tiempo es casi siempre exiguo, pero es un adelanto de naturaleza significativa.

El capital de experiencia bélica de que Ale-

mania disponía antes de la guerra mundial procedía en lo esencial de la guerra franco-alemana de 1870. El espíritu de una tradición victoriosa se expresaba en la confianza grande y justificada que se tenía en la fuerza de choque; y esa confianza hallaba su expresión en las concepciones sobre el combate entre tiradores en campo abierto, en la movilidad de la artillería, en el vigor de la caballería y en el ideal estratégico de la batalla global de aniquilación.

Por otro lado, sin embargo, los grandes avances técnicos por los que se señala ese espacio de tiempo habían producido también un aumento extraordinario del efecto de fuego y, en consecuencia, de los medios de que dispone el defensor. La fuerza creciente que el fuego podía contraponer al movimiento se hizo visible ante todo en dos acontecimientos que se desarrollaron en los márgenes de la civilización, pero que proporcionaron un atisbo de las modificadas condiciones en que habría de producirse un encuentro entre ejércitos europeos. Así es como ya en la guerra de los bóers apuntaron una disolución progresiva de las masas combatientes y un meticuloso aprovechamiento del terreno. Los amplios espacios batidos desde posiciones de fuego invisibles produjeron ese paisaje monótono y peligroso cuya atmósfera ha sido calificada de «vacío humano» del campo de batalla. De modo aún más penetrante resaltaron los efectos del incremento del fuego en la guerra ruso-japonesa. En los campos

de batalla de Manchuria se delinearon ya, incluso en sus detalles, las condiciones de la guerra de posiciones, una guerra que tiene como característica propia el que ambos adversarios, aun encontrándose en posesión de un máximo de fuego, son casi incapaces de moverse.

En la guerra mundial continúa aumentando de manera gigantesca esa desproporción entre un efecto modificado de las armas, por un lado, y, por otro, unas formas de movimiento que todavía no se habían adaptado a tal efecto y mucho menos aún podían serle superiores. Tres son las grandes fases que se destacan las unas de las otras en la guerra mundial. En la primera se busca en vano lograr la decisión mediante el movimiento de viejo estilo. La segunda fase se señala por el dominio absoluto del fuego. En la tercera apuntan esfuerzos tendentes a conseguir con métodos nuevos que el movimiento vuelva a fluir.

Esas tres fases no se suceden cronológicamente, sino que, antes bien, pese a ser distintas en cuanto a su sentido, aparecen en múltiples variantes las unas al lado de las otras. Así es como se extiende a lo largo de toda la campaña esa guerra de movimiento que correspondía a las nociones que se tenían cuando estalló el conflicto. La diversidad de las acciones opuestas en cada uno de los escenarios hace posible poner en movimiento una y otra vez los frentes. En Rusia, en los Balcanes e incluso en Italia la guerra de posiciones aparece sólo como una pausa que puede ser

interrumpida fácilmente por un nuevo movimiento de avance, siempre que se disponga de la fuerza suficiente. Pero en aquellos sitios donde la guerra se libra con todos los medios de una técnica de gran estilo, en el escenario decisivo, esto es, en el frente occidental, los acontecimientos van desarrollándose de conformidad con unas leyes rigurosas y las tres fases de la conducción de la guerra brotan la una de la otra de manera directa y sucesiva.

En el frente occidental la rigidez de los frentes reemplaza muy pronto a esa guerra de movimiento que correspondía a los conceptos tradicionales. En aquellos sitios donde los jóvenes regimientos de voluntarios formados con los mejores hombres [illegible] en el fuego de las ametralladoras, como ocurre en Flandes, o las tropas veteranas y bien entrenadas, al intentar volver a avanzar en profundidad en algunos sectores del frente, quedan clavadas al suelo ya a los pocos kilómetros, lo que se pone de manifiesto es lo siguiente: la torpeza que empieza a paralizar el movimiento no puede ser explicada ni por una falta de espíritu ni por una falta de voluntad, sino únicamente por la propia cualidad del movimiento, que ya no está a la altura de la incrementada fuerza gravitatoria del fuego. A ese sortilegio sucumben no sólo los ejércitos alemanes — tampoco el *élan* francés ni la sangre fría inglesa son ya capaces de rebasar la zona de llamas cada vez más densa y mortal que se les enfrenta.

Comienza entonces la lucha de posiciones; en ella la creciente pesadez que se apodera de la guerra apunta en el hecho siguiente: durante años aparecen una y otra vez en los comunicados militares los nombres de las mismas aldeas, de los mismos bosquecillos, de las mismas corrientes de agua, señal de que para *todas* las partes las ganancias disminuyen en la misma proporción en que se vuelven más duras las pérdidas. La fuerza gravitatoria del espacio de fuego llega a ser tan significativa que el supremo esfuerzo realizado por grandes imperios se agota en la conquista de unos pedazos de tierra devastados, de unos bosquecillos destrozados, de unas aldeas aniquiladas.

Ciertamente aún no están agotadas, ni de lejos las fuerzas vivas de los grandes ejércitos que los Estados tenían en disponibilidad; al contrario, esas fuerzas se multiplican. Pero se parecen a un peso al que un contrapeso mantiene en suspensión. El fiel de esa balanza lo constituye la «tierra de nadie», una estrecha franja de terreno cuya anchura es a menudo menor de cien metros, pero que se vuelve infranqueable. Y en los sitios donde unos atacantes vestidos con uniformes de color caqui o de color terroso consiguen rebasar esa franja tras unos preparativos cada vez más cuidadosos, que constituyen un escarnio de todas las leyes de la economía bélica, lo que se abre ante sus ojos es la profundidad del espacio enemigo, un medio que se halla dotado de una resistencia elástica y que grava con pesos de plomo cada uno

de los pasos. Ya a las pocas horas, lo más tarde a los pocos días, lo que vuelve a estar ante las miradas de los atacantes es aquella franja solitaria, arriostrada con alambradas. La balanza tiembla por un lapso de tiempo cada vez más breve, sus oscilaciones poseen un significado cada vez menos decisivo, cualesquiera que sean las cargas que se pongan en sus platillos.

Los pesos empleados son masas de material fabricadas con una tensión cada vez mayor por los turnos de trabajo técnico de los grandes Estados industrializados. El sentido de la estrategia parece haberse vuelto fútil; dado que ya no es posible batir en campo abierto al adversario, lo que se quiere es aplastarlo.

Surge de esa manera la imagen de la batalla de material, la imagen de un despliegue de energías técnicas enorme, pero cuyo efecto es incapaz de ir más allá del mero éxito táctico. En esas batallas el incremento del fuego alcanza unas proporciones nunca antes sospechadas. Las artillerías crecen y crecen hasta convertirse en parques de asedio; el número y el calibre de sus bocas de fuego aumentan sin cesar; su efecto se intensifica no sólo por el mayor gasto de munición, sino también porque apunta a blancos quietos, limitados. Así es como surgen los nuevos conceptos de fuego de barrera, fuego de exterminio, fuego de tambor. El empleo de los gases multiplica la densidad del fuego, pues el gas penetra incluso en los ángulos muertos y en los refugios,

lugares a los que no llegan los tiros hechos con metales.

En igual proporción aumenta la fuerza de fuego de la infantería. También ella es capaz de desplegar en medida creciente un efecto artillero; aparecen las granadas de mano, los cañones de infantería, los lanzaminas, los lanzagranadas, los morteros de trinchera. El efecto de fuego de la mera infantería queda reforzado no sólo por la multiplicación de las compañías de ametralladoras, sino también por el equipamiento incluso de grupos de infantes con ametralladoras ligeras y más tarde con metralletas. En cambio la tercera arma principal, la caballería, el arma clásica del movimiento de avance y de la persecución, pierde significado, realiza tareas que corresponden a otras clases de armas o busca escenarios de rango inferior. Lo que apunta en el hecho de que numerosos oficiales de caballería se pasen a la tropa de los aviadores es lo siguiente: el afán de movimiento intenta apoderarse de unas formas nuevas, adecuadas a nuestro tiempo, y la lucha por el dominio ha de librarse con otros medios.

Pasa bastante tiempo hasta que se reconoce que es insoluble el problema de acumular masas de material contra masas de material. Los años de 1915, 1916 y 1917 están llenos de tentativas de ese género, cada vez más costosas. El trabajo de la industria tiene como objetivo producir fuego y más fuego en el frente, un fuego cada vez más intenso. En esta fase la cantidad de movimiento parece de-

pender ciertamente de la cantidad de fuego. En los sitios donde las tropas se mueven hacia delante, lo hacen amparadas bajo cascos y campanas de fuego y no pueden salirse de su área de protección, de igual manera que tampoco los buzos pueden abandonar su armadura en el elemento de la presión mortal. Y cuando pretenden lograrlo por la fuerza, sobrevienen catástrofes. Así es como la ofensiva del general Nivelle, nacida de la voluntad de movimiento a toda costa, lleva al ejército francés al borde del desastre. Las grandes batallas libradas en Verdun, en el Somme y en Flandes desfallecen tras unos menguados éxitos iniciales, unas estrechas rupturas del frente, unos cuantos entrantes exteriores, la conquista de algunos fuertes, un lento ir royendo hacia delante el frente, operación que causa muchas bajas. El movimiento busca objetivos cada vez más próximos, periferias de aldeas, trozos de trincheras, puntos aislados del terreno; se produce tras pausas cada vez más largas y, por así decirlo, queda cloroformizado por el fuego. Este tiene la propiedad de apoyar en medida mucho mayor la defensa que el ataque. Así es como unas pocas ametralladoras emplazadas en una zona casi desprovista de defensores hacen fracasar ofensivas preparadas por un millar de cañones.

En conexión con las tentativas de alcanzar, detrás del «rodillo de fuego» que pasa por encima de las posiciones fijas, el campo abierto, el escenario de un movimiento más libre, surge la ima-

gen de una batalla tan monótona como extraña, de una batalla en que de los dos elementos del combate es el fuego el único que ha quedado. Se ha renunciado a avanzar, lo que se hace es «expulsar a tiros de su posición al adversario». Al servicio de esa tarea están los medios técnicos, tanto aislados como combinados. La infantería es en ese estadio una especie de órgano ejecutivo de la artillería. Lo que en las grandes consignas apunta es que se ha perdido la fe en poner fin a la guerra con medios estratégicos. Se pasa a hacer de la extensión de la guerra un sistema: es preciso «resistir», hacer que el adversario se desangre, debilitarlo en las zonas de su voluntad, para lo cual se intenta hacerlo morir de hambre o acelerar el desgaste de sus reservas morales.

Pensamientos que en los instantes de la acción, bajo la coacción del obrar, resultan extraordinariamente difíciles de concebir, parecen ser los más obvios una vez que han transcurrido los acontecimientos. Así es como hoy nos parece absurdo que la voluntad bélica emplease la posesión de un aparato técnico gigantesco casi exclusivamente para incrementar el fuego, mientras que el movimiento en el combate seguía aguardándose en conjunto de la energía primitiva, de la fuerza muscular de hombres y caballos. Ciertamente eso no ocurre en todos los elementos de que el ser humano ha conseguido servirse para moverse hacia delante. Así es como en el mar del aire las armas son transportadas por máquinas capaces de al-

canzar en pocas horas las capitales enemigas. Pero aunque en el curso de la guerra el espíritu va desarrollando con gran celeridad esas máquinas, lo cierto es que ni su masa es lo bastante numerosa ni sus tipos son lo bastante potentes como para hacer que resulten decisivas por sí mismas. Con esas máquinas es posible realizar observaciones, producir desasosiego al adversario, infligirle destrucciones cada vez más sensibles — pero el valor de tales procesos es de naturaleza táctica, mientras que todavía no ha nacido una estrategia aérea. Aún no es posible liberar, elevándola a los aires, la gran guerra que permanece rígida y congelada allá abajo. Aún no es la ofensiva aérea un medio con que poder forzar el sometimiento del adversario.

También en los mares el movimiento viene siendo producido desde hace ya mucho tiempo por máquinas. Si bien las grandes flotas permanecen ancladas largas temporadas, la cuestión no es si pueden o no pueden moverse, sino si *deben* o no deben hacerlo. El movimiento de las flotas no es un problema de posibilidad, es un problema de voluntad. De ahí que su inmovilidad afecte con especial intensidad a la moral bélica; aquí atentar contra la voluntad equivale como en ninguna otra área de los esfuerzos humanos a atentar contra el espíritu.

El hecho de que en tierra firme, que es el elemento más antiguo del combate, aparezca relativamente tarde la máquina bélica móvil es algo

que está relacionado con una de esas faltas de lógica peculiares de la historia de los hombres. Pues querer sobrepasar la producción de fuego mediante un aumento de la producción de fuego es una falta de lógica tan cierta como lo es en la vida económica prometerse éxito de una lucha de competencia dirigida únicamente a los precios. Cuando los precios alcanzan su límite, la competencia cambia a la esfera de la calidad. Así es como fue preciso inventar también máquinas para producir *movimiento*, una vez que alcanzó sus últimas posibilidades la producción de fuego por máquinas. Hacía ya bastante tiempo que la inteligencia humana disponía de tales máquinas, de máquinas independientes de los raíles — lo único que hacía falta era darles su forma específica para el combate.

No hay nada nuevo bajo el Sol — desde que existen guerras se ha efectuado ya muchas veces ese acto que corresponde a la primera aparición de los tanques rodantes en la batalla de material. La tentativa de romper con medios nuevos unas posiciones fijas, rígidas, probadas en el curso de los tiempos, de romperlas con caballos, corazas, carros de guerra, elefantes, columnas en forma de cuña, es una tentativa que en la edad de la máquina se repite con medios maquinales. Esa tentativa no puede modificar las leyes de la estrategia, que son, por así decirlo, las formas *a priori* de la intuición bélica, pero brota de la voluntad de poner a disposición de esas leyes un órgano

ejecutivo nuevo, el que corresponde a nuestro tiempo. De ahí que el instante en que hacen aparición ante las posiciones alemanas del Somme los primeros carros blindados impulsados por motores sea un momento de elevado rango en la historia de las guerras. Aún parecen esos vehículos juguetes infantiles que se rompen con facilidad — pero la historia de los inventos está llena de juguetes de esa especie.

Tampoco del carro de asalto cabe decir que se desarrollase hasta el punto de constituir un arma que decidiese la guerra. Sus efectos no consiguieron desplegarse del todo y así es como en su ámbito no llegó a hacerse realidad, sino tan sólo a insinuarse, la mortal rivalidad entre la fuerza del hombre y la fuerza de la máquina — esa rivalidad en que la máquina, en todas las áreas en que hizo aparición, demostró tener más tesón que el ser humano.

En un breve lapso de tiempo no pudo el carro de asalto alcanzar su perfeccionamiento técnico; y tampoco han quedado definidos ni el modo de emplearlo ni la delimitación de sus tareas. Es sólo un medio, únicamente uno de los medios de combate en el espacio técnico, cuyas leyes él no dicta, sino que cumple, y a las que debe su nacimiento. El carro de asalto es un medio de expresión de una época nueva de la guerra, de igual manera que la propia máquina es sólo la expresión de una época nueva del espíritu. De ahí que él no *cree* la imagen de la batalla técni-

ca, sino que sea un fenómeno perteneciente a su marco. Resulta difícil describir cómo surge ese marco merced a la eficacia de un pensamiento nuevo, de igual manera que resulta difícil describir la génesis de una imagen nueva de la gran ciudad. No es sólo que la batalla se sirve crecientemente de la máquina, es que queda impregnada en su conjunto del espíritu que crea las máquinas. A pequeña escala ese espíritu encuentra ya su expresión en la tropa de choque, ese prodigioso trabajo acordado del ataque humano; y a gran escala apunta en la ofensiva alemana de la primavera de 1918, que es significativa no tanto por sus medios cuanto por su exactitud implacable — por el proceso de los motores, en el que se expresa la voluntad del general en jefe convertida en voluntad abstracta.*

Vista desde ese ángulo la guerra mundial aparece como un fragmento gigantesco al que cada uno de los nuevos países industrializados aportó su contribución. Su fragmentariedad consiste en que la técnica pudo destruir ciertamente las formas tradicionales de la guerra, pero por sí misma sólo fue capaz de insinuar, mas no de hacer realidad, una imagen nueva de la guerra. En ese proceso la guerra mundial es un reflejo de nuestra vida en general — también en ésta pudo el espí-

* La narración clásica de esa ofensiva es la que aparece en la obra de Jünger *Tempestades de acero* (Tusquets Editores, nº 53 de la colección Andanzas), en el capítulo titulado «La Gran Batalla», págs. 237-271. *(N. del T.)*

ritu que se halla tras la técnica destruir los vínculos antiguos, mientras que en la construcción de un orden nuevo capaz de vivir por sus propios medios aún no ha abandonado el estadio de la experimentación.